el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiqueo personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 35

Julio 2025

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£ América del Norte: US $ 2 América Latina: US $ 1'5

La paz imperialista es la otra cara de la guerra imperialista. ¿Qué nos enseña la guerra entre Rusia y Ucrania?

AMERICA FIRST VUELVE A ESTAR DE MODA

En el número 184 de diciembre de 2024 de este periódico, sobre la *Guerra ruso-ucraniana: la paz imperialista en el horizonte...*, escribimos:

«No se sabe cuándo cesará la guerra ruso-ucraniana para dar paso a una paz, que solo puede ser ***imperialista****, es decir, una paz que no resolverá las razones profundas del conflicto que estalla desde 2014 en Crimea y el Donbass. Una paz que suspenderá durante un tiempo este conflicto concreto pero que no será decisiva, barajando de nuevo las cartas y los intereses «locales» con vistas a contrastes mucho más decisivos en cuadrantes mucho más amplios y globales. La paz imperialista no es más que una tregua entre un conflicto armado que se extingue y un conflicto armado que vuelve a estallar. La historia del capitalismo imperialista no ha hecho más que demostrar que las burguesías dominantes de los países económica y financieramente más fuertes son incapaces de eliminar la guerra de su futuro*».

Mientras los Estados Unidos de Trump y la Rusia de Putin, en su tercer año de guerra en Ucrania, han decidido hablar entre ellos para negociar el fin de esta guerra, y Zelensky (exigiendo continuos suministros de armas cada vez más eficaces para golpear a Rusia 'en el corazón', miles de millones de dólares y euros para mantener con vida a un ejército que ahora está al borde del abismo a pesar de que la deserción se ha convertido en un fenómeno general y la ley marcial ya no da tanto miedo como al principio de la guerra) ha hecho recientemente mil piruetas entre continuar la guerra 'hasta la victoria' y estar dispuesto a 'negociar la paz', ¿qué ha sido de la «certeza» que tenía la Unión Europea de doblegar a Rusia tanto con las sanciones económicas como suministrando armas cada vez más sofisticadas a Kiev para que siguiera luchando contra Rusia aun a costa de desangrarse en todos los sentidos, económico, político y militar? A estas alturas, los propios medios de comunicación internacionales han tenido que admitir que las sanciones a Rusia han tenido un efecto más negativo en los países europeos que en Rusia, además de beneficiar a Estados Unidos tanto en el comercio de gas natural como en el suministro de armas.

La Unión Europea, excluida de toda participación en las negociaciones directas Trump-Putin sobre Ucrania, se ha encontrado así en medio de todo. Es más, la política militar de Trump en el ámbito de la OTAN prevé, y esto no es nada nuevo, una disociación gradual del importante compromiso financiero de Washington con la «defensa» de Europa (hasta ahora Estados Unidos garantizaba más de la mitad de los compromisos financieros, de armamento, de inteligencia, de defensa aérea, etc., de la OTAN), lo que evidentemente ha puesto al descubierto el punto débil de la llamada «seguridad europea».

Últimamente, tras exigir a los países miembros de la OTAN que cada uno eleve el porcentaje de inversión en armamento hasta el 5% de su PIB para disminuir significativamente el compromiso estadounidense, Trump ha llegado a llamar a los europeos *parásitos*, aprovechados de la generosa protección estadounidense a su seguridad militar, considerando esta situación ya insoportable. En opinión de Trump, y de su Administración, Zelensky no hizo todo lo necesario para evitar un enfrentamiento bélico con Rusia y fue culpable de alargarlo durante tres años, acusando incluso a Biden y a la UE de apoyarlo todo este tiempo obligando a EEUU a invertir miles de millones de dólares y a mermar parcialmente sus arsenales sin una razón sólida respecto a los intereses vitales norteamericanos.Intereses que siempre son prioritarios a nivel mundial, sin duda no limitados al «caso Ucrania» si

(sigue en pág. 2)

CÁDIZ: LA VÍA DE LA LUCHA DE CLASE

La huelga del sector del metal en la provincia de Cádiz, que incluye a todas las empresas, principalmente dedicadas a la construcción y reparación naval, en San Fernando, la ciudad de Cádiz, Puerto Real y Jerez, ha tomado una fuerza que parecía imposible, si nos atenemos a la serie de derrotas y claudicaciones sindicales con que se han cerrado huelgas similares y recientes en otras provincias.

La sucesión de acontecimientos, muy resumidamente, ha sido la siguiente: cuatro años después de la firma del último convenio colectivo del sector (firma que se logró por parte de CC. OO y UGT *in extremis,* colocándose contra buena parte de los trabajadores que lo rechazaron abiertamente), la tensión acumulada en las factorías, precisamente como resultado de ese último convenio colectivo, de la implantación del sistema de fijos discontinuos como vía para el despido rápido, etc., había ido en aumento. De cara a la negociación, los principales sin-

(sigue en pág. 14)

EN EL INTERIOR

- Aviso a navegantes... de internet y lectores de prensa escrita
- ¿Cuál es el futuro de los palestinos de Gaza?
- República Checa: Los trabajadores solo pueden oponerse a los ataques de la clase burguesa dominante contra sus condiciones de vida, de trabajo y de lucha si están unidos, confiando en su propia fuerza y retomando la lucha de clases
- Desde el mundo del trabajo

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

La paz imperialista...

(viene de la pág. 1)

no por las repercusiones que ha tenido y tiene en el tablero internacional tanto frente a Rusia como frente a Europa y, sobre todo, aunque todavía no aparezca en primer plano, frente al verdadero adversario global de Estados Unidos, China.

Al lanzar la nueva política de desentendimiento de la guerra en Ucrania, Trump persigue objetivos mucho más vitales para los intereses estadounidenses en el mundo: 1) volver a poner a los países europeos en línea con respecto a las inversiones de la OTAN, obligándoles a comprometerse directamente con su propio rearme; 2) reanudar los contactos con Rusia para disminuir la peligrosa tensión antirrusa producida por la presidencia de Biden y disuadir a los países europeos de la *escalada* bélica gracias a la cual han obtenido lo que a Estados Unidos no le satisface, es decir, una alianza más estrecha entre Rusia y China; 4) insistir en la prioridad política y estratégica del cuadrante Indo-Pacífico en el que se jugará una partida decisiva tanto en términos de supremacía imperialista mundial entre Estados Unidos y China (de ahí el interés de Washington en desvincular a Rusia de China), como en términos de refuerzo político-económico-militar del bloque Estados Unidos-Japón-Filipinas en el que se integrará Australia; 5) en cuanto a Ucrania, dada su total dependencia de lo que Estados Unidos pueda obtener de Rusia en términos de alto el fuego y fin de la guerra, Washington pretende recuperar lo antes posible las inversiones financieras y militares concedidas a Kiev hasta ahora obteniendo un «reembolso» considerable en términos de recursos minerales (no sólo tierras raras) e infraestructuras; 6) además, dado que la iniciativa de un acuerdo de paz con Rusia es exclusivamente estadounidense, la administración Trump pretende aprovechar los enfrentamientos intraeuropeos -que, a un nivel más o menos alto, en verdad, siempre han existido- y las dificultades económicas reales que tienen muchos países europeos a la hora de rearmarse, para rebajar a Europa a un tercer o cuarto actor, en función de las cuestiones prácticas que haya que tratar, como las inversiones para la reconstrucción de posguerra en Ucrania, la posible fuerza militar de *interposición* en Ucrania o en los países vecinos que han propuesto Londres y París, etc.

En este marco, EEUU deja a la Unión Europea en un segundo plano, y no porque su mercado y sus fuerzas imperialistas hayan perdido interés para EEUU, sino porque la organización de los países europeos en la Unión Europea, frente al marco internacional que se encamina hacia la tercera guerra mundial, tiene el hándicap nunca resuelto de ser un agregado de países en constante competencia entre sí, más allá y por encima de los acuerdos económicos, acuerdos políticos y comerciales que lo han convertido en un mercado *común*, pero no *en un* mercado *único* desde el punto de vista de las mercancías y los capitales -como lo son los mercados estadounidense, ruso y chino-, aunque desde 2001 muchos países europeos hayan reconocido el euro como moneda única, pero que en sí mismo, si bien facilita la circulación de mercancías y capitales en la zona euro, no es la expresión de un Estado único, ni mucho menos de una política económica única y de una política exterior única. Esto no significa que las potencias imperialistas que componen Europa tengan un peso periférico respecto a las cuestiones internacionales que surgen y surgirán del nuevo orden mundial que se trazará en los próximos diez o veinte años: su poder industrial, económico, comercial y financiero no debe ser en absoluto subestimado por ningún protagonista del destino del mundo imperialista, pero el declive del poder mundial, primero de Inglaterra, luego de Francia y Alemania, declive que marcó su sumisión a los Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Imperialista Mundial y su larga secuela, no es superable, dadas las leyes imperantes del capitalismo imperialista. En el desarrollo histórico del capitalismo, Inglaterra fue la primera potencia imperialista mundial, luego fue superada por los Estados Unidos de América, que se convirtieron en los «amos del mundo», pero junto con Rusia, con la que compartió las tareas de control general de las distintas zonas del mundo, empezando, por supuesto, por Europa, cuna del capitalismo y del imperialismo. En resumen, no existen los «Estados Unidos de Europa», y cuanto más dure la fase imperialista con las características que ha asumido en los últimos treinta años, más difícil será que nazca una entidad supraestatal de este tipo. A menos que, como intentó hacer Alemania en la Segunda Guerra Mundial, invadiera y sometiera la Europa continental a su dominio militar, se extendiera hacia el este hasta los Balcanes e intentara golpear a la Rusia europea, un intento que finalmente fracasó. La amplísima presencia de bases de la OTAN en Europa difícilmente permitiría el nacimiento y crecimiento de una entidad estatal de este tipo.

Desde este punto de vista, el marco de enfrentamientos inter-imperialistas entre los propios países europeos, en el que insisten las iniciativas imperialistas a corto y largo plazo de Estados Unidos, Rusia y la cada vez más cercana China, no favorece una unión política europea del mismo modo que estos tres grandes países: países que tienen todo el interés, cada uno con su propia fuerza económica, política y militar, en mantener desunidos a los países europeos, enfrentándolos entre sí. La Rusia de Stalin inició este tipo de política de enfrentar a unos contra otros, tras la victoria sobre el nazi-fascismo, construyendo partidos comunistas subvencionados y comandados desde Moscú, organizando en Europa del Este la red de Estados de «democracia popular», conocidos como Estados «socialistas», y continuando su influencia sobre las masas proletarias no sólo en Europa del Este sino también en Europa Occidental durante varias generaciones. Las democracias clásicas, encabezadas por Inglaterra, Francia y Estados Unidos, respondieron presentando una batalla política e ideológica que combinaba la libertad de mercado con la libertad personal-política, golpeando, tanto en el Este como en el Oeste, los valores nacionales de cada país y demostrando así que no existía nada socialista ni en Europa del Este ni, mucho menos, en Rusia.

La perspectiva de una entidad estatal única europea sobre bases capitalistas e imperialistas no se materializó en los años 1920-1940, ni se materializará en los próximos años ´20-´40 de este siglo. Tal eventualidad podría producirse, pero de forma completamente opuesta a las características que el capitalismo otorga al Estado burgués, sólo como resultado de la revolución proletaria y comunista cuyos fundamentos políticos han sido internacionalistas e internacionalistas desde el origen del movimiento revolucionario del proletariado, una revolución dirigida a derrocar todo Estado burgués nacional y a destruir el modo de producción capitalista y sus leyes ligadas a la propiedad privada y al trabajo asalariado. El Estado burgués, derrocado por la revolución, debe ser sustituido por el Estado proletario, que no se caracteriza por ser un nuevo organismo permanente, sino por ser la expresión de la dictadura del proletariado, dirigida por el partido de clase, que se propone extender la revolución proletaria por todo el mundo con vistas a transformar las bases económicas del Estado burgués nacional en una economía no mercantil, en una economía social; por tanto, el Estado proletario no es un Estado tal como lo han conocido hasta ahora todas las sociedades divididas en clases, sino -como dijo Engels y repitió Lenin- un *no-Estado*, un Estado de transición, que no reconoce ni respeta fronteras nacionales porque el movimiento proletario revolucionario se propone combatir y vencer toda opresión, económica y social, de género, de nacionalidad, de raza: un objetivo que no puede alcanzarse históricamente si no es internacionalmente mediante la violencia de la revolución proletaria. Pero esa es otra historia... a la que habría que dedicar otros artículos.

Incluso los Estados Unidos de América podrían sufrir un proceso de declive similar al sufrido por Inglaterra en el siglo XX, debido a otros actores imperia-

listas más jóvenes, como China; y la política de los diversos gobiernos norteamericanos, especialmente en los últimos treinta años, expresa este temor que se ha hecho cada vez más presente cuanto más las potencias económicas de Alemania, Japón y China han comenzado a conquistar mercados que antes estaban sometidos a la dominación del imperialismo norteamericano. Por otra parte, es el mismo desarrollo capitalista, desgraciadamente no detenido y roto por la revolución proletaria internacional, el que ha hecho surgir en varios lugares del planeta fuerzas económicas e imperialistas que ya no permiten a una sola gran potencia imperialista -como lo fue Inglaterra en su tiempo- desempeñar no sólo la tarea de «señora del mundo», sino también la de controlar el desarrollo económico de los países del mundo torciéndolo en beneficio exclusivo de su propio capitalismo nacional y de la dominación internacional.

Esta potencia dominadora del mundo que Estados Unidos había conquistado con su victoria en la segunda guerra imperialista mundial y su posguerra ya no es capaz de estar presente con prontitud y en solitario en las distintas zonas del mundo, no sólo donde estallan tensiones económicas y sociales que ponen en peligro directa e indirectamente los intereses norteamericanos, sino también donde, a causa de esas mismas tensiones económicas y sociales, estalla una lucha de clases proletaria potencialmente revolucionaria. Si en los años 50 los portaaviones norteamericanos podían llegar rápidamente a cualquier lugar del globo donde el movimiento proletario fuera capaz de poner en serio peligro el poder burgués, dando así ejemplo a los demás proletarios, y a los proletarios de los países imperialistas en particular (1), hoy las fuerzas armadas norteamericanas tendrían sin duda muchas más dificultades para llevar a cabo la misma tarea de aplastamiento del movimiento proletario revolucionario si no pudieran contar con la alianza más que probada, de otros actores imperialistas desplegados en Europa, en Oriente Medio y Extremo Oriente y en las propias Américas, mientras que en la muy pobre y atrasada África, Estados Unidos se ha limitado hasta ahora, salvo en lo que respecta a Egipto, a jugar principalmente la carta de la «ayuda humanitaria» que, una vez cancelada, como ha hecho recientemente la Administración Trump-Musk, ha sumido a muchos países del continente en una situación aún más desastrosa que la ya vivida hasta ahora.

* * *

Pero volvamos a Europa tras el colapso de la URSS y la creación de la Unión Europea. El servilismo de los países europeos a los Estados Unidos de América, tanto en lo económico como en lo financiero, que fue especialmente intenso durante la Segunda Guerra Mundial y las décadas posteriores de posguerra, se vio limitado en cierta medida por la recuperación económica de los países debilitados y destruidos por la guerra, especialmente Alemania -a pesar de que había sido partida en dos y controlada por Washington y Moscú- y por el establecimiento de un mercado económico y financiero de primer orden que no sólo contribuyó a fortalecer las economías de los países europeos, sino también a impulsar la expansión económica mundial de los Estados Unidos y de la propia Rusia. Las crisis económicas y financieras que marcaron las décadas a partir de 1975, si bien fueron absorbidas, a pesar de su gravedad, por los países occidentales sin provocarles un colapso general del que el proletariado -de no haber estado completamente desviado hacia la colaboración de clases y las reivindicaciones nacionalistas de cada burguesía- podría haber aprovechado para desencadenar su lucha de clase y revolucionaria, frente al potente desarrollo capitalista no sólo de Alemania Occidental sino también de algunos de sus satélites de Europa del Este, la URSS tuvo que asumir su debilidad histórica, la de ser sobre todo proveedora de materias primas a economías industriales más desarrolladas que la suya, aunque su propio desarrollo industrial era y es ciertamente importante -especialmente en el ámbito de la producción militar- pero no comparable ni al de EEUU ni al de los países derrotados en la guerra, Alemania y Japón.

Esta nueva situación llevó a Rusia a desmantelar la política interior y exterior que el aparato del PCUS había seguido hasta entonces, abriéndose completamente al mercado internacional y poniéndose así en situación de depender de él aún más que antes, al tiempo que perseguía el objetivo, cada vez más fácil, de convertirse en uno de los principales proveedores de materias primas de Europa (gas, petróleo, fertilizantes, etc.). Por otra parte, en la lógica imperialista, Rusia tendía a hacer de las antiguas repúblicas «socialistas» de Europa mercados para su producción y zonas de influencia política directa. En competencia con el imperialismo estadounidense y el imperialismo de Europa Occidental, capaces de invertir y prestar las masas de capital necesarias para arrancar a los países de Europa Oriental del control de Moscú, pero haciéndolos dependientes del imperialismo estadounidense y de Europa Occidental, Rusia tendió a apalancarse en aquellos países, como Bielorrusia y Ucrania, cuya lengua, población, religión y tradiciones históricas le eran mucho más afines que las de los polacos, bálticos, checos, eslovacos, búlgaros, rumanos, etc.

Razones, pues, tanto de afinidad lingüística y cultural como de interés directo por los países vecinos, como ocurrió por otra parte en la región del Cáucaso y en la zona de la Rusia asiática limítrofe con los países del llamado *-stán* (Kazajstán, Uzbekistán, Turquestán, etc.), apretujados entre el Occidente europeo organizado en la OTAN y la Unión Europea, el Este donde reina China, y el Sur con la presencia de Turquía, Irán, India y Pakistán. Mientras intenta establecerse en Oriente Próximo con una Siria ya perdida para Moscú, el imperialismo ruso tiene pocas alternativas si quiere sobrevivir: dado el choque de intereses entre Europa y Estados Unidos, la única posibilidad era y es encontrar un acuerdo político con Washington, que en la historia pasada -más allá del enfrentamiento-choque con los intereses de Moscú- ha demostrado que es más proclive a aliarse con Rusia que con Alemania o Japón: a estos países, para hacerlos «amigos», tuvo que derrotarlos en la guerra y someterlos a un férreo control militar.

Por eso, ante los nuevos retos imperialistas proyectados hacia una tercera guerra mundial, tanto Washington como Moscú -no hay que olvidar que se trata de dos superpotencias atómicas- están mejor no como enemigos acérrimos sino como mercaderes interesados en repartirse partes del mercado mundial, y la parte del mercado mundial sobre la que uno u otro tenga influencia dependerá, como siempre, del equilibrio real de poder en términos de fuerza económica, financiera y militar. De ahí que la «paz» en Ucrania se convierta en un objetivo a corto plazo para Washington, con el fin de poder dedicar mucho más tiempo a preparar los peones necesarios para reforzar la alineación antichina. Inevitablemente, este objetivo primordialmente estadounidense «requiere» que Europa se pliegue a los intereses estadounidenses -empezando por el comercio- y devuelva a Estados Unidos -ésta es la posición de Trump- en términos políticos y militares la protección y la paz de las que ha disfrutado desde el final de la Segunda Guerra Mundial durante casi cincuenta años.

Europa, por tanto, incluida Gran Bretaña, se enfrenta a una alternativa: enfrentarse a Estados Unidos, estrechar aún más los lazos entre los países más importantes y desafiar a Washington a ir por libre con China y Rusia, mientras, bajo cuerda, arregla las relaciones económicas, financieras y políticas con Moscú y Pekín, o plegarse por enésima vez a los intereses de poder económico y financiero del tan cacareado Occidente a la sombra de Estados Unidos, convirtiéndose en agente de Washington en las capitales más importantes del mundo, como lleva tiempo haciendo como agente de la OTAN. Tal y como están las cosas, Europa no tomará claramente ninguna de las dos alternativas, sino que permanecerá enfrentada duran-

(sigue en pág. 4)

La paz imperialista...

(viene de la pág. 3)

te algún tiempo, a la espera de ver qué Estados están preparados y dispuestos a aliarse plenamente con EE.UU. y cuáles, por el contrario, se quedarán en la peor posición, sin tomar una postura clara -como, por ejemplo, Alemania, por un lado, y, por otro, Italia, el maestro de la indecisión-, mientras tienen que contar con las bases de la OTAN que Estados Unidos tiene repartidas por muchos países europeos y por medio mundo.

De hecho, la guerra ruso-ucraniana ha expuesto más a la Unión Europea que a Rusia a perder peso en el tablero internacional, desde el principio, cuando Estados Unidos, administrado por Biden, junto con Gran Bretaña decidieron empujar a la Ucrania de Zelensky a responder a la invasión rusa con una guerra total y a organizar una contraofensiva en un plazo no demasiado largo. No hace falta repetir lo que ya hemos dicho una y otra vez: la guerra ruso-ucraniana fue una verdadera prueba de guerra para todas las fuerzas militares implicadas. Ya no se trataba de un ejercicio con falsos objetivos que alcanzar, sino de un verdadero teatro de enfrentamientos armados, de trincheras, de masacres, del uso combinado de armamento convencional y de las tecnologías más avanzadas, incluidas la inteligencia y la inteligencia artificial, utilizando a la población ucraniana y al ejército ucraniano sobre el terreno como carne de cañón para intereses extra ucranianos. Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Europea continuaron entonces, durante casi tres años y hasta la llegada de Trump a la Casa Blanca, engañando a Ucrania con que la combinación de sanciones económicas y financieras y el conspicuo suministro de armas podía ser la clave de la victoria sobre Rusia....

El desarrollo de la guerra, a la vez que ha puesto en ridículo a las fuerzas políticas y a los medios de comunicación internacionales que predicaban una posible victoria sobre Rusia sólo con el ejército ucraniano, también ha puesto de relieve lo hipócrita y engañosa que es la prédica constante sobre la indispensable soberanía de las naciones, sobre la insustituible democracia de los pueblos, sobre el proclamado deseo a ultranza de paz y fraternidad, sobre una «comunidad internacional» que debe responder a un «derecho internacional» del que cada potencia hace alarde de vez en cuando en función de sus viles intereses políticos y económicos. El desarrollo de esta guerra también ha dejado claro que el verdadero interés de todo Estado burgués es estar preparado para enfrentamientos bélicos no sólo locales, sino mundiales. Mientras tanto, sin embargo, la Unión Europea, después de desembolsar miles de millones de euros en apoyo de una guerra que estaba perdida desde el principio, después de someter a sus proletarios a nuevos sacrificios después de los que ya les habían golpeado en los tres años de Covid-19, después de gritar *urbi et orbi* que Rusia, después de Ucrania, invadiría Europa.....después de haber disparado un aluvión de sanciones contra Rusia, con el consiguiente efecto boomerang en términos de resultados económicos negativos para sus propias economías, después de haber engordado a las multinacionales del armamento en detrimento de muchos otros sectores económicos, sufrió el desaire, por parte del aliado con el que siempre había contado, de ser excluido de las negociaciones con Moscú para la tregua y el proceso de paz...

¿LA CONSIGNA EUROPEA? ¡REARME!

¿Qué puede hacer Europa para recuperar su peso en el tablero internacional y evitar ser aplastada como una olla de barro entre las ollas de hierro estadounidense y rusa, que disponen de una tecnología militar mucho más avanzada que la europea y están abarrotadas de bombas atómicas? **Armarse como nunca**: éste es el nuevo evangelio firmado por Ursula von der Leyen y refrendado por todas las personalidades de los Estados europeos. Pero la UE no es un Estado unitario, por lo que no tiene una única política exterior, un único ejército y una única estructura político-militar. El ReArmEU sólo puede ser un rearme de cada país de la UE de acuerdo con la disponibilidad real de capital y la posibilidad nacional en cuanto a la exposición a la deuda que se puede aceptar en la UE. Por ejemplo, Italia, Francia y España ya están muy endeudadas y tienen poco margen de maniobra en sus presupuestos: ¿quién y cómo pagará el rearme europeo? Los 800.000 millones de los que hablaba Ursula von der Leyen para los próximos cuatro o cinco años son más virtuales que reales, y la Primera Ministra italiana, Meloni, tiene razón. En realidad, sólo están previstos 150.000 millones a nivel de préstamos a los Estados miembros para inversiones en defensa, una quinta parte de los cuales cada uno de los 27 países de la UE tendrá que destinar a armar a Ucrania. Prácticamente poco más que migajas. Los 650.000 millones restantes para llegar a la fabulosa cifra de 800.000 millones serían los miles de millones de gastos militares considerados al margen del ratio déficit/PIB de cada país, que se sumarían, en cualquier caso, a la deuda pública ya existente. Obviamente, en la situación actual de crecimiento económico atrofiado y presupuestos estatales ya reducidos, los miles de millones que se destinarán a gastos militares se detraerán de la sanidad, la educación, la seguridad social, las pensiones y todas las partidas que atañen a la tan controvertida política de apoyo a las familias pobres y desfavorecidas. Por supuesto, después de 2030, los Estados que se hayan acogido a la facilidad de no contabilizarlos en su deuda global con respecto al PIB tendrán que compensarlos reduciendo aún más la deuda acumulada...

Como saben, el título del plan de rearme europeo: *ReArm EU* no gustó a algunos dirigentes europeos, en particular a Meloni, porque era demasiado *militarista*; la hipocresía burguesa siempre quiere disimular la propensión a la violencia y a la guerra característica de la sociedad capitalista, por lo que el título de la operación se cambió por el de Readiness 2030, «Preparación 2030», que pretende transmitir la idea de que el rearme es necesario no para «planes de agresión sino para 'planes de defensa' contra Estados -como, por ejemplo, Rusia- que deciden invadir países independientes y soberanos -como, por ejemplo, Ucrania- con la única intención de destruir la independencia de otros Estados, sometiéndolos a su propio poder...

La controversia sobre el agresor y el agredido, sobre las guerras de defensa y de agresión, es antigua, desde la guerra mundial de 1914-18, cuando los principios de la moral burguesa hicieron que todos los gobiernos declararan que la suya era una guerra «defensiva».

«Gobierno, Estado, Patria, Nación, Raza, se asimilan a un solo sujeto con razón, mal, derecho y deber, pues todo se reduce a la Persona Humana y a la

«el programa comunista»
N°56, septiembre 2024

- Ucrania. Una guerra que sigue allanando el camino apra futuras guerras en Europa y en todo el mundo.
- Porqué Rusia no es socialista.
- La guerra de España (4): el programa agrario de las organizaciones obreras (1936-1939. El proletariado industrial.
- Oriente medio:
. Los actos terroristas, hoy de Hamas, como los de ayer de Al-Fath u otras organizaciones guerrilleras no pondrán fina la opresión israelí de los palestinos de Gaza y Cisjordania. ¡El futuro del proletariado palestino, como el de los proletarios de Oriente medio, Europa y el mundo está en la lucha de clases independiente y la solidaridad de clase proletaria de todos los países!
. De la espiral de continuas masacres que han jalonado la historia de Oriente medio en los últimos 100 años.

REVISTA TEÓRICA
Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US $ 1.5; USA y Cdn: US$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US$ 3; USA y Cdn.: US$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción**: el precio de 4 ejemplares.

doctrina de su comportamiento», escribió Bordiga en 1949 en Prometeo (2); así, «del *mismo modo que el hombre justo y ajeno al mal, si es atacado, se defiende del agresor, (...) el pueblo atacado tiene derecho a defenderse. La guerra es una barbarie, pero la defensa de la patria es sagrada, todo ciudadano debe pronunciarse democráticamente por la paz y contra las guerras, pero desde el momento en que su país es atacado, ¡debe apresurarse a defenderse del invasor!*». «*El resultado*», continúa el artículo, «fue *la traición general al socialismo, el belicismo en todos los frentes, el triunfo en todas las lenguas del militarismo. Y no menos evidente fue que no hubo guerra que el Estado y el gobierno que la dirigía no calificara de defensa*.»

Desde el «Manifiesto del Partido Comunista» de Marx-Engels se sabe que **el proletariado no tiene patria**. La guerra, como dijo el célebre von Clausewitz, es la política exterior de todo gobierno hecha por otros medios, precisamente por medios militares. Como el proletariado es la clase por excelencia antagónica a la clase burguesa dominante, y como no tiene patria, ni siquiera tiene el deber de defenderla, mientras que tiene el deber, impuesto por su condición de clase explotada y sometida a la violencia del poder burgués, de luchar contra todo interés de la burguesía, tanto más si se impone por medio de la guerra. Por lo tanto, la lucha del proletariado contra *todas las guerras burguesas* -no importa si son consideradas defensivas o agresivas- distingue los intereses de clase del proletariado de los intereses de clase de la burguesía y sus Estados. El proletariado, como clase, está obligado a luchar en cada país ante todo contra su propia clase burguesa dominante, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, porque ni en tiempos de paz ni, menos aún, en tiempos de guerra, el proletariado puede aspirar a ninguna emancipación real de la explotación capitalista; al contrario, lo que le espera en cualquier caso es ser aplastado en condiciones de vida y de trabajo cada vez más intolerables hasta el punto de ser convertido en carne de cañón. Si tiene fuerzas, si su experiencia de lucha de clases le ha proporcionado las herramientas materiales, desde los métodos hasta los medios y objetivos de la lucha en defensa de sus intereses de clase, el proletariado luchará para evitar ser arrastrado a la guerra burguesa, porque sus intereses, tanto inmediatos como generales, no son aplastar a otros pueblos, a otros proletariados, a otras nacionalidades, a otras razas, sino evitar ser convertido en instrumento de una mayor opresión burguesa. La propia opresión asalariada, la opresión de clase ejercida por la burguesía, no puede combatirse ni superarse convirtiéndose en instrumento de opresión hacia otros pueblos, hacia otros proletarios; lo cual, en realidad, aumenta el servilismo a la burguesía de origen y, en general, no alivia ni resuelve la opresión y la represión que la burguesía de origen ejerce para mantenerse firme en el poder en todas las situaciones que se presentan, especialmente en situaciones de crisis económica y de guerra.

La guerra burguesa, especialmente en la fase imperialista del desarrollo capitalista, en realidad, si no es impedida por la movilización de la lucha del proletariado, estalla en toda su extensión y en toda su fuerza destructiva. Así lo demuestran no sólo las dos guerras mundiales imperialistas de 1914-1918 y 1939-1945, sino también todas las demás guerras que las burguesías de los distintos países han desencadenado para asegurarse nuevos mercados, nuevas masas de fuerza de trabajo y recursos naturales que explotar, universalizando el método que ya habían adoptado las burguesías de los siglos XVIII y XIX con sus empresas coloniales. Las guerras anticoloniales que caracterizaron la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, hasta 1975, fueron consideradas por nuestro partido como guerras a apoyar tanto porque hicieron que muchos países atrasados dieran un salto adelante en la historia mediante el modo de producción capitalista moderno, destruyendo en gran medida los modos de producción anteriores, como porque crearon masas proletarias cada vez mayores en todo el mundo, implicándolas en la vida política de sus respectivos países, como ya había ocurrido en los países de Europa y América en los siglos XVIII y XIX, y haciéndolas así susceptibles a la política de clase y revolucionaria del partido de clase. Después del siglo XIX, en el que todo el mundo civilizado fue sacudido por las revoluciones burguesas anti feudales, sobre las que se injertaron las posteriores revoluciones proletarias -cuya cúspide histórica estuvo representada primero por la Comuna de París y luego por la Revolución de Octubre de 1917-, la victoria de la contrarrevolución burguesa que con respecto al movimiento proletario tomó el nombre de estalinista, sumió a las masas proletarias de Europa, América y Oriente en una profunda depresión social, y les hizo perder incluso el recuerdo de las gloriosas luchas de clase y revolucionarias que habían sacudido el mundo burgués.

Hoy, las enormes masas proletarias creadas por el capitalismo en Extremo Oriente, Oriente Medio y África, a pesar de que perduren entre ellas muchas costumbres antiguas, incluso tribales, están sometidas -tanto y más que las masas proletarias de Inglaterra, Francia, Alemania durante los siglos de desarrollo revolucionario del capitalismo- a una explotación intensiva y brutal que por una parte permitió a los imperialismos más fuertes y a sus respectivas burguesías nacionales reforzar su dominación de clase y su poder de vida o muerte sobre esas mismas masas, por otra parte contribuyó objetivamente a universalizar las contradicciones económicas y sociales que el capitalismo nunca logrará resolver. Contradicciones que inevitablemente producirán crisis sociales y crisis bélicas tan gigantescas que empujarán a esas mismas masas proletarias -como ocurrió en Europa en el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX- a luchar por *su propia* supervivencia: una lucha que, por inconsciente y confusa que sea desde el punto de vista de los objetivos históricos proletarios y de clase, vendrá a plantear materialmente el gran problema histórico que las burguesías del mundo temen más que a nada y que siempre han tratado de alejar de su presente y de su futuro: **o capitalismo o socialismo**, o perpetua explotación cada vez más viciosa del trabajo asalariado y barbarización general de la sociedad humana, o lucha revolucionaria de los proletarios de todo el mundo para subvertir de arriba abajo toda la sociedad del capital, destruyendo el poder político de las burguesías y su sistema económico y social. Un poder político que debe ser sustituido por la dictadura de la clase proletaria, y un sistema económico y social que debe transformar la economía mercantil del dinero y la explotación del hombre sobre el hombre en una economía comunista en la que *el trabajo vivo* (representado hoy por los trabajadores asalariados -el capital variable de Marx- y que mañana será simplemente el trabajo de todo el género humano unido y programado en función de las necesidades reales de la especie y ya no del mercado) supere completamente *al trabajo muerto* (es decir, los medios de producción, las materias primas a transformar, las infraestructuras, etc. -el capital constante de Marx-, el capital de todo el mundo). - el capital constante de Marx-, que mañana no será más que los instrumentos necesarios para la producción y reproducción de la especie al servicio de la especie humana y de su vida social y no de la acumulación y valorización del capital). Esto significa que el trabajo muerto, el capital, ya no se alimentará del trabajo vivo, ya no se alimentará de las masas proletarias aplastadas, explotadas y asesinadas en las galeras capitalistas y masacradas por millones en las guerras burguesas.

Decíamos de la guerra burguesa-imperialista que las burguesías de cada país la justifican como una «guerra defensiva»; lo que en realidad defienden las burguesías son sus propios intereses de *clase*, de ahí su poder político y el capitalismo como modo de producción en el que se basa su dominación social. Con el antagonismo de clases, desde que existe el capitalismo, se manifiesta la clara oposición de los intere-

(sigue en pág. 6)

La paz imperialista...

(viene de la pág. 5)

ses de la clase burguesa capitalista contra los intereses de la clase proletaria y asalariada, poniendo de manifiesto la contradicción más fuerte de la sociedad actual: quienes producen la riqueza no tienen acceso a ella, no pueden disfrutar de los beneficios que esa riqueza puede dar, se ven obligados a acudir al mercado para comprar los productos que les permiten sobrevivir, pero sólo pueden hacerlo si antes han vendido su fuerza de trabajo a los capitalistas. Esta contradicción no es causada por la cruel voluntad de los capitalistas y la burguesía de reprimir a las masas trabajadoras en general, tras lo cual esta contradicción se resuelve mediante un reequilibrio social tal que desaparecen las desigualdades y opresiones cada vez mayores; sino que es una contradicción irreprimible en el capitalismo porque es el propio capitalismo el que la genera y la mantiene viva, ya que su vitalidad, su crecimiento exponencial depende de la explotación intensiva del trabajo asalariado y extendida a todos los países del mundo. Puede ser más aguda en determinados momentos y países y menos en otros, pero siempre está presente, tanto que vincula cada vez más la vida económica y social de todos los continentes. Por eso, frente a las burguesías aferradas a sus orígenes nacionales -orígenes cada vez más cuestionados por el desarrollo global del capitalismo, especialmente en la fase de monopolios e imperialismo que atravesamos- surge una condición real y objetiva de internacionalidad de las masas proletarias, condición por la que el propio capitalismo, con sus crecimientos y crisis, vincula la supervivencia en relación -a la extrema y cada vez más rápida movilidad del capital y sus intereses a escala global. Al igual que el capital, la fuerza de trabajo, cuya explotación sistemática lo produce y acrecienta, tiende a seguir sus pasos, de una industria a otra, de una ciudad a otra, de un país a otro, de un continente a otro. Si el proletariado se ha convertido en una clase internacional, se lo debe ante todo al capitalismo y a su desarrollo mundial, por lo que sus intereses de clase se han hecho internacionales. Esto pone fin a la contribución involuntaria que el capitalismo ha aportado al proletariado como clase, pues aunque la economía capitalista tiende objetivamente a trascender todas las fronteras «nacionales», la clase burguesa tiene interés en defender el sistema de propiedad privada, para cuya defensa ha constituido una fuerza administrativa y militar muy específica, el Estado-nación, que tiene una doble función defender, a escala mundial, los intereses del capitalismo nacional del que es expresión directa, y defenderse de la lucha del proletariado nacional especialmente en momentos en que las tensiones sociales provocadas por las crisis de su propio sistema económico y social ponen en peligro su estabilidad política, cuando no incluso el poder político de la clase burguesa dominante.

Lo que queda, sin embargo, es la constatación de que el proletariado de todos los países, desviado y engañado durante generaciones por el oportunismo colaboracionista, no tiene la percepción de ser una clase que ha definido históricamente objetivos emancipatorios que elevarán el conjunto de la sociedad humana desde su prehistoria, caracterizada por sociedades divididas en clases, hasta su historia, caracterizada por la sociedad de especies, por la sociedad sin clases diferenciadas. Y así, ante cada crisis económica y social, como ante cada guerra burguesa, los proletarios son instigados a abrazar las reivindicaciones de la nación, de los valores nacionales, de la patria que debe ser defendida contra toda agresión de otras naciones, de otros Estados, de otras patrias. Habiendo caído en las trampas ideológicas y morales de la propaganda burguesa, los proletarios no se reconocen como clase antagónica en primer lugar a su propia burguesía y después a todas las burguesías del mundo, y tienden a apoyar a su propia burguesía en sus batallas, en sus guerras, ofreciendo gratuitamente su propia sangre; y cuando no quieren ofrecerla, la burguesía la toma de todos modos, por cualquier medio, en el lugar de trabajo como en los frentes de guerra de los que, como hacen instintivamente los animales ante el fuego, huyen lo más lejos posible para salvar el pellejo.

El conflicto ruso-ucraniano no escapa a las leyes de la política y la economía capitalistas, ni a los intereses de las respectivas burguesías nacionales. Las justificaciones de la guerra, por ambas partes, se reducen al concepto de guerra defensiva.

Por parte rusa, Moscú defiende sus fronteras occidentales con Ucrania -unos 1.580 km- en peligro por la proyectada amalgama de Kiev con la OTAN, que supondría tener más misiles de la OTAN apuntando a Moscú por debajo, sumándose a los ya presentes en Polonia y los Estados bálticos, y en la próxima base de la OTAN en Finlandia a 200 km de la frontera rusa. Moscú, ya desde 2014, e incluso antes, se ha movido para ayudar a las poblaciones ruso parlantes del Donbass, en particular Luhansk y Donetsk, que tienden a independizarse de Kiev y por esta razón son oprimidas y reprimidas por Kiev, mientras se implementa la planeada anexión de Crimea. ¿La justificación? La defensa de los pueblos rusófonos y de su libertad frente a la discriminación y al Estado ucraniano que, entre otras cosas, utiliza milicias nazis para aterrorizar a quienes no se pliegan al orden establecido.

Por parte ucraniana, Kiev defiende su soberanía nacional, su independencia de la URSS y su libertad para mantener relaciones políticas, económicas y militares con cualquier otro país del mundo, a saber, los países de la Unión Europea y Estados Unidos, que resultan ser los adversarios de Rusia. Los proletarios rusos y los proletarios ucranianos están regimentados en sus respectivos ejércitos para defender los sagrados derechos y reivindicaciones de sus respectivas burguesías. En este marco no hay ni una sola migaja de «derecho» reservado a los proletarios: se les considera automáticamente instrumentos de guerra y, por tanto, sujetos a la ley marcial.

La política imperialista, incluso en los países de cacareada democracia, no implica que el electorado vote a favor o en contra de la guerra; toda la propaganda que precede al hecho material de ir a la guerra contra otros estados está empapada de conceptos y palabras que aterrorizan a la población, de tal forma que hacen creer que la única salvación posible de la vida, del trabajo, de la propiedad, pasa por ir a la guerra tal y como deciden las potencias burguesas. Mientras tanto, como ha venido ocurriendo en Europa en el último período, las potencias fuertes de la Unión Europea, en la onda de los intereses anglo-americanos están tocando el tambor de la necesidad de rearmarse, de armarse hasta los dientes porque el peligro de ser invadidos por Rusia no termina con las «negociaciones de paz» para Ucrania entre Trump y Putin, sino que sólo se aleja en el tiempo. Incluso ha habido quien, como la primera ministra danesa, Mette Frederiksen, ha calificado la paz en Ucrania de «*más peligrosa que la guerra*», por lo que rearmar Europa se convierte en lo más importante: «*Y no creo que tengamos mucho tiempo. Así que rearmar Europa: gastar, gastar, gastar en defensa y disuasión: ese es el mensaje más importante*» (3).

No podría haber sido más conciso al confirmar lo que, junto con Lenin, siempre hemos afirmado: la paz burguesa, tanto más en la fase imperialista, no es más que una tregua entre una guerra y la siguiente. La paz es para armarse y rearmarse, la guerra es para utilizar los armamentos disponibles para vencer a los competidores, a los enemigos, y para imponer, en caso de victoria, los intereses inmediatos y generales de los capitalismos vencedores, de la burguesía imperialista de los Estados vencedores. El belicismo no se suspende durante la paz, sino que se alimenta, se justifica, se reviste de nobles valores morales para poder realizarse en los conflictos armados para los que fue concebido. La paz entre los Estados puede durar cierto tiempo en determinados continentes, en determinadas zonas, mientras la guerra hace estragos en otros continentes, en otras zonas, para reaparecer en las zo-

nas donde antes reinaba la paz.

Pobre Europa, no sabe qué camino tomar.

La reacción de los países europeos ante el previsible acuerdo entre Washington y Moscú sobre el fin de la guerra en Ucrania y lo que este acuerdo, en el que insiste Washington, supondrá en términos de botín para Estados Unidos y no para Moscú, dejando los bocados menores a Gran Bretaña, a Francia y, en definitiva, a los países de la UE que han trabajado para que Ucrania gane, ha sido volver a poner en el orden del día el tema de la «guerra contra Rusia» dirigiendo el rearme europeo deseado por la OTAN y, por tanto, por Estados Unidos, precisamente contra Rusia; Por otra parte, la OTAN se había creado en su momento precisamente con ese objetivo... Sólo que en la fase más reciente de los contrastes inter-imperialistas, las prioridades, también de carácter estratégico-militar, para Estados Unidos se han desplazado, como ya se ha dicho, hacia el cuadrante Indo-Pacífico. Tampoco será fácil para EEUU gestionar este cambio de rumbo en sus prioridades estratégicas, entre otras cosas porque no tiene ningún interés en chocar frontalmente con Europa; si acaso, en dividir a los países europeos para gestionar sus relaciones en un plano más bilateral con cada país de la unión que con la Unión tomada en su conjunto; algo que, naturalmente, no sienta nada bien a Bruselas. La política arancelaria que Trump está poniendo en práctica tiende en la dirección de dividir a la Unión Europea, que ya está luchando a varios niveles para mantenerse unida; y cuanto más se acerca la crisis económica general, más se agudizan los factores de división intraeuropeos. Así pues, todos los protagonistas juegan la carta de «Ucrania» para poner a prueba la política de cada uno, su fuerza y determinación y, por supuesto, a la inversa, su debilidad e interés por favorecer las relaciones bilaterales, ya sea con Estados Unidos, ya sea con Rusia, ya sea con China, a la espera de que el marco general de contrastes inter-imperialistas defina, en sus líneas más generales, las posibles alineaciones bélicas de cara a un futuro conflicto tercermundista.

La iniciativa anglo-francesa de la autodenominada «Coalición de Voluntarios» (el hecho mismo de que Gran Bretaña, que ya no forma parte de la Unión Europea desde 2020, pero ciertamente implicada en no poca medida en el apoyo a Ucrania contra Rusia, sea una de las piezas de la desintegración de la buscada «unidad política» de la UE, como lo han sido, por otra parte, los diversos intentos de Francia y Alemania de crear un ejército «europeo», y como, más descaradamente la sistemática marginación de Hungría en todas las iniciativas tendentes a sancionar a Rusia) es la forma que han encontrado las dos únicas potencias nucleares europeas para intentar ponerse a la cabeza de una respuesta militar europea autónoma de Estados Unidos, y de la OTAN, en términos de hombres, armamento y apoyo financiero a la eventual misión de *mantenimiento de la paz*, o más bien, como se han empeñado en señalar los promotores anglo-franceses, de *tranquilidad*, en defensa del acuerdo de paz entre Ucrania y Rusia, para cuando se produzca. Dada su exclusión de las negociaciones entre Estados Unidos y Rusia, esta iniciativa tiene el sabor de entorpecer de alguna manera las negociaciones entre Estados Unidos y Rusia, recargando los argumentos de guerra y no de paz, y se propone sin duda más para no perder la cara y obtener de Ucrania algún acuerdo bilateral a favor de los demás Estados europeos que han participado en el apoyo a Ucrania -como, por ejemplo, Alemania, Polonia, Italia- que para un apoyo real a Kiev contra Rusia y, menos que nunca, contra las exageradas exigencias de Estados Unidos. Las últimas noticias del 27 de marzo del medio estadounidense *Bloomberg* señalan que Estados Unidos pretende '*controlar todas las grandes inversiones futuras en infraestructuras y minería en Ucrania, obteniendo potencialmente un veto sobre cualquier papel de los otros aliados de Kiev y socavando su intento de adhesión a la UE'. La administración del presidente Trump está exigiendo el «derecho de primera oferta» sobre las inversiones en todos los proyectos de infraestructura y recursos naturales en virtud de un acuerdo de asociación revisado con Ucrania*» (4). Está claro que si se aceptara dicho acuerdo, Estados Unidos obtendría un enorme poder para controlar las inversiones en Ucrania en proyectos relacionados con carreteras, ferrocarriles, puertos, minería, petróleo, gas y tierras raras. Y está igualmente claro que Gran Bretaña y la Unión Europea harán todo lo posible para garantizar que esto no ocurra. Sobre este plan, también, ya veremos.

Se supone que esta Coalición de Voluntarios debe garantizar la seguridad ucraniana reforzando la defensa de Kiev contra Rusia: lo cierto es que, sin el apoyo de Estados Unidos, una iniciativa de este tipo no deja lugar a dudas 20.000 hombres, acompañada del suministro de misiles de defensa antiaérea y otro armamento y, sobre todo, sin la aprobación de Moscú, que no tiene intención de aceptar tropas de la OTAN en territorio ucraniano, tiene más bien el sabor de una maniobra política típica de la propaganda burguesa destinada a ocultar la inconsistencia de las promesas realizadas. Es obvio que, sin la aprobación de Moscú y Washington, ningún soldado europeo, asiático, australiano, africano o sudamericano pondrá un pie en Ucrania. Mientras tanto, sin embargo, se sigue hablando de armas, de guerra, del peligro por parte rusa de violar los acuerdos, etc., etc.

LA PERSPECTIVA PROLETARIA Y COMUNISTA ES LEJANA, PERO ES LA ÚNICA VÁLIDA

El único obstáculo real al belicismo, a la preparación de las masas proletarias para la guerra burguesa, es la lucha de clase y revolucionaria del proletariado. Una lucha que no surge de la noche a la mañana ni se desarrolla en el espacio de unos pocos días. Esta lucha debe ser concebida, propagada e importada entre las masas proletarias por el único órgano político revolucionario que existe en la sociedad burguesa, el partido comunista revolucionario. El proletariado no tiene ninguna base económica sobre la que desarrollar su fuerza de clase y su revolución social: la base material de su lucha de clase son las contradicciones económicas y sociales cada vez mayores de la sociedad burguesa; es la lucha contra la esclavitud asalariada, contra la opresión sistemática de la clase obrera, tanto más si es de nacionalidad y raza no blanca, lo que impulsa a las masas proletarias a luchar por su supervivencia, por su vida. Pero esta lucha se encuentra siempre con la reacción del poder burgués, de su Estado, de sus fuerzas policiales y de las fuerzas de conservación social, que nueve de cada diez veces se presentan al lado de los proletarios y en defensa de sus reivindicaciones inmediatas, pero con el único fin de engañarlos, de desviarlos del desarrollo histórico de esa lucha, de su transformación política en lucha por la emancipación de clase, por lo tanto, por la revolución antiburguesa y anticapitalista, revolución que se convertirá, como lo ha sido en la historia pasada, en el objetivo central de la lucha de clase del proletariado. La fuerza del proletariado está ciertamente en el número: los proletarios son mayoría con respecto a la burguesía, pero esta mayoría numérica para ser una *fuerza de clase*, para ser positiva con respecto a la emancipación proletaria desde el punto de vista histórico, debe estar representada por su partido de clase, el partido comunista revolucionario.

El partido revolucionario de clase representa en la actualidad los objetivos históricos de la clase proletaria internacional, y está obligado a perseguir sus objetivos, como se afirma en el artículo citado en la nota 2 sólo «*rompiendo los frentes internos, a los que las guerras pueden ofrecer excelentes oportunidades*»; el partido revolucionario de clase «*no ve el desarrollo histórico en la grandeza o la salvación de las naciones*»; incluso antes del estallido de la Primera Guerra Imperialista Mundial, el partido revolucionario de clase «*ya se había comprometido en congresos internacionales a romper todos los fren-*

(sigue en pág. 8)

La paz imperialista...

(viene de la pág. 7)

tes de guerra empezando por donde pudiera». Y mientras la II Internacional Socialista traicionaba sus propios principios y sus propias proclamas adhiriéndose a la guerra de todos los Estados, las corrientes revolucionarias, entre ellas la corriente bolchevique de Lenin y nuestra corriente de Izquierda Comunista, no cejaron en su lucha contra el militarismo y la guerra, resumida en la consigna del *derrotismo revolucionario*. El derrotismo revolucionario significaba, y significa, llevar la lucha contra la guerra burguesa a todos los niveles, en la producción, la distribución, el transporte, en la sociedad civil y en el frente: *contra la guerra entre Estados, la guerra de clases*, diría Lenin, de ahí la movilización proletaria y la organización proletaria en la perspectiva de la revolución proletaria.

Lo sabemos, sostener este punto de vista nos expone ante los bienintencionados e inmediatistas como utópicos iluSOS alejados de la realidad. Es más o menos lo mismo que decían de Lenin y del pequeño grupo de revolucionarios rusos exiliados a Europa occidental durante el zarismo cuando los grandes partidos socialistas y socialdemócratas de Alemania, Francia, Italia, Austria-Hungría y Rusia encabezaron la participación en la Primera Guerra Mundial después de profesar durante años la fe socialista y revolucionaria, cuando en realidad, desde el alma reformista y colaboracionista que poseían, estaban predispuestos a compartir los motivos nacionalistas y belicistas de su país. Los proletarios de entonces en Rusia, Alemania, Hungría e Italia se rebelaron y levantaron contra la guerra, cogiendo por sorpresa a las respectivas clases dominantes. Y si la victoriosa revolución proletaria en Rusia, en plena guerra mundial, fue acompañada de otros intentos revolucionarios en Alemania y Hungría, pero sin el mismo éxito, no se debió a la falta de combatividad y espíritu de sacrificio de los proletarios, sino a la corrupción oportunista y traidora de los partidos proletarios. Aquí luchamos no sólo en defensa de la intransigencia marxista tanto en el plano teórico como en el táctico-político y organizativo, sino contra cualquier mínima cesión oportunista en el que caigan todos aquellos que piensan que pueden acortar el camino de la revolución adoptando expedientes tácticos y organizativos o actualizando la teoría marxista por considerarla vieja y anticuada.

(1) Véase el artículo *L'imperialismo delle portaerei*, «il programma comunista» n. 2, 18 ene.-1 feb.,1957.

(2) Véase *Aggressione all'Europa* (Alfa), «Prometeo», año III, nº 13, agosto de 1949. Alfa era un seudónimo utilizado entonces por Amadeo Bordiga.

(3) Véase https://www.analisidifesa.it/2025/03/rearm-europe-piu-debiti-per-gli-stati-piu-potere-alla-nomenclatura-ue/

(4) Cf. https://www.rainews.it/maratona/2025/03/ ukraine-war-tregua-ship-ports-energy-centres-moscow-questions-alt-agricultural-sanctions-cfd9580e-c9ed-4281-bf4c- 31b3279e0fd0.html

le prolétaire
organe du parti communiste international

el proletario
organo del partido comunista internacional

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (http://www. pcint.org)- de donde ha sido tomado.

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado
Avda.Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros
C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 - Barcelona

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Aviso a navegantes... de internet y lectores de prensa escrita

El grupo que en 1973 se separó del «Partido Comunista Internacional», sobre cuestiones fundamentales como la concepción del partido y su acción, y se organizó en Florencia con su propia cabecera titulada *Il Partito Comunista*, proponiéndose bajo el mismo nombre que el «Partido Comunista Internacional», ha sufrido recientemente una escisión interna a consecuencia de la cual ya no ha podido salir, ciertamente por razones legales, con la cabecera bajo la que salieron hasta hace unos meses. Desde julio-septiembre de 2024 han estado saliendo con una nueva cabecera titulada «il Partito Comunista Internazionale», el mismo nombre que el partido. Desde hace algún tiempo, también han comenzado a difundir sus materiales e información a través de un *boletín* que han decidido llamar: *[PCInt]Newsletter*.

Además de la confusión ya existente, provocada por la existencia de algunos grupos políticos resultantes de escisiones del antiguo «Partito comunista internazionale-programma comunista» como el grupo florentino del que hablamos, es evidente que este epígrafe conlleva un elemento más de confusión, dado que las siglas *pcint* pertenecen a nuestro sitio: www.pcint.org. No tenemos *newsletter* y, si algún día la tenemos, tendremos que decidir el nombre para no aumentar la confusión que ya existe. En cambio, el grupo florentino no ha querido evitarlo; al contrario, parece que lo ha hecho a propósito para robarnos no sólo el nombre del partido, sino también las siglas que distinguen nuestro movimiento en la web.

Llamarse partido *comunista internacional*, como una vez simplemente llamarse partido *comunista*, forma parte de una batalla teórica y política que comienza muy atrás -desde *el Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels- y que tiene como objetivo histórico la transformación revolucionaria de la sociedad dividida en clases en una sociedad sin clases, en una sociedad de especie que sólo puede ser mundial. Desde los tiempos de Marx y Engels, todas las fuerzas reaccionarias y de conservación social existentes y posteriores se han desatado contra la teoría del comunismo revolucionario; se han elaborado muchas teorías, desde el socialismo feudal hasta el socialismo pequeñoburgués, desde el socialismo conservador o burgués hasta el socialismo reformista y pacifista, desde el socialchovinismo hasta el socialismo nacional, con las miles de variantes que las fuerzas oportunistas y de conservación social de cada época han generado y seguirán generando para la sociedad burguesa capitalista. Para resistir el colapso al que está condenada, no desistirá de intentar, por cualquier medio oportunista y violento, impedir que el proletariado retome el camino de su emancipación de clase y se reconozca en el único partido comunista que merece su con-

fianza incondicional, como fue el caso del partido de Lenin en la revolución de octubre de 1917.

Hoy, en el persistente período de profunda contrarrevolución y dramática depresión de la lucha de clases proletaria, nos encontramos con una miríada de grupos que se autodenominan «comunistas», se proclaman «revolucionarios» y, frente a la devastadora y decenal labor estalinista de falsificación del marxismo, intentan hacerse entender como nacidos y criados a partir de raíces históricas que pertenecen a la Izquierda Comunista de Italia y al Partido Comunista Internacional formado después de la Segunda Guerra Mundial, al que traicionaron varias veces seguidas.

«El tiempo es el mejor consejero» es un viejo adagio, a menudo recordado también por nosotros, pero no en el sentido de esperar el paso del tiempo para poner las cosas en su sitio, sino en el sentido de saber esperar los factores favorables a la reanudación de la lucha de clases y del movimiento revolucionario del proletariado sin basarse en la simple copia de fórmulas y frases «marxistas», sino continuando las batallas de clase que caracterizaron al bolchevismo de Lenin y a la Izquierda Comunista de Italia, atesorando las derrotas sufridas no sólo a manos de la contrarrevolución burguesa, sino también por las variantes que el oportunismo ha asumido en los distintos períodos históricos. Otras batallas de clase nos esperarán cuando el proletariado empiece a reconocer que el antagonismo de clase que históricamente le opone a la burguesía y al capitalismo se disfraza regularmente bajo la apariencia de un marxismo, de un comunismo, «ajustado» de vez en cuando según el peligro que corra el orden establecido. Entonces, cuando la lucha de clases haya ganado la partida al lodazal pequeñoburgués en el que la clase proletaria está inmersa en beneficio exclusivo de la preservación social, entonces, ante los hechos y despliegues sociales reales, el problema de ser reconocido como **el** partido de clase, **el único** partido de clase, será resuelto por la propia lucha, por las indicaciones y la coherencia reales que el partido comunista dará y aplicará: entonces, será la firmeza, la intransigencia, la coherencia teórica, política, táctica y organizativa lo que marcará la diferencia real entre los que se proclamaban de palabra «revolucionarios», «internacionalistas», «comunistas», y los que lo eran y lo son de hecho.

El partido que preparó la revolución proletaria y la dictadura del proletariado en Rusia se denominó partido «socialdemócrata»; en 1903, en su segundo congreso, se dividió en dos fracciones, la bolchevique (mayoritaria) y la menchevique (minoritaria). Fue el bolchevismo, representado por las tesis y la dirección programática y política propugnadas por Lenin, el que consiguió finalmente influir en el movimiento obrero ruso y ganar influencia internacional, no sólo antes de la guerra mundial de 1914-18, sino sobre todo en la lucha contra el fracaso de la II Internacional, contra el socialchovinismo y en la preparación del partido para ganar una influencia decisiva en el proletariado, hasta el punto de que fue un punto de referencia no sólo durante la revolución de febrero de 1917, sino sobre todo entre febrero y octubre de 1917, cuando el bolchevismo -es decir, el POSDR(b), Partido Obrero Bolchevique Socialdemócrata Ruso- ganó la dirección del proletariado en la revolución y la dictadura de clase. Sólo en la primavera de 1918, en el VII Congreso del POSDR(b), a instancias de Lenin y con vistas a la formación de la III Internacional, el partido ruso cambió de nombre y se convirtió en el Partido Comunista Ruso(b).

A partir de entonces, toda corriente política revolucionaria tenía la tarea de constituirse en partido según los dictados del marxismo revolucionario, que, con el bolchevismo de Lenin, se sintetizaron en las tesis de la nueva Internacional, que sólo podía llamarse *comunista*, del mismo modo que los partidos que quisieron adherirse a la Internacional nacida en 1919 sólo podían llamarse *comunistas*; la experiencia histórica no permitía vuelta atrás.

El partido de clase dirigido por Lenin a partir de 1904 siguió llamándose «socialdemócrata», pero se distinguió por su lucha cada vez más encarnizada contra todas las formas de oportunismo reformista y obrerista. Llegó y dirigió la revolución en Rusia en octubre de 1917 sin cambiar de nombre, sólo lo cambió en 1918, ganada la revolución e instaurada la dictadura proletaria. Los hechos históricos, no las elaboraciones ideológicas, habían decidido que el partido proletario de clase mundial debía llamarse igual en todos los países: Partido Comunista. Desde el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels de 1848, habían pasado setenta años antes de que el término «partido comunista» representara no sólo el «espíritu» sino también el «cuerpo» de la clase proletaria que luchaba por la revolución anticapitalista.

Los acontecimientos históricos no proceden según un curso continuo; la lucha entre las clases avanza en medio de contradicciones cada vez más profundas y amplias, con avances y retrocesos, a través de magníficos estallidos revolucionarios y dramáticas restauraciones contrarrevolucionarias y largos períodos de depresión en la lucha de clases, lo que vuelve a plantear la necesidad, por parte de los elementos revolucionarios que no han caído en las tendencias más dispares del oportunismo político, de volver a los orígenes, restaurar el marxismo original como doctrina de la revolución proletaria y comunista y reconstituir el partido que tiene la tarea histórica de conseguir que el proletariado, en una lucha sin cuartel extendida a todos los países del mundo, especialmente en los de capitalismo más avanzado, entierre materialmente la sociedad burguesa e inicie la transformación de la sociedad dividida en clases en una sociedad sin clases. Los hechos históricos que siguieron a la derrota de la revolución comunista en Rusia y en todo el mundo han demostrado que el movimiento comunista en su reaparición en escena, incluso desde un punto de vista formal, tuvo que despojarse completamente de cualquier residuo político y práctico derivado de la ideología democrática y nacionalista, algo que la Internacional Comunista en los años 1919-1926 no logró aplicar plenamente a pesar de que, en sus dos primeros congresos, había llevado la lucha teórica y política contra la democracia y el nacionalismo a cotas sin precedentes. Por eso, definir la organización de partido no sólo como *comunista*, sino también como *internacional*, se convirtió en la reafirmación necesaria y vital de una visión inherente desde la primera formulación marxista del comunismo revolucionario; y esto es lo que hizo nuestra organización del partido desde su reconstitución después de la Segunda Guerra Mundial, primero definiéndose como partido comunista internacionalista, como organización única en todas partes, y a partir de 1965, *internacional*, dado el desarrollo de la red organizativa fuera de Italia. El partido ya no debía ser una organización que agrupaba a muchos grupos «nacionales» que acordaban unirse tras confrontaciones, debates, congresos y compromisos, sobre la base de un programa político sometido a votación congreso tras congreso, como era de hecho la Internacional Comunista, sino una organización de partido formada desde sus orígenes sobre la base, obviamente, de la doctrina marxista -que como tal es válida en todos los países- y con un programa político único, pero con los mismos criterios y métodos de trabajo y organización en todos los rincones del mundo.

Está claro que el nombre del partido, su parte formal, debe corresponderse con el contenido teórico, programático, político, táctico y organizativo del propio partido, y esta correspondencia debe encontrar confirmación en los hechos de la lucha de clases, en la acción del partido y en su actividad general tanto en el plano teórico como en el de la praxis interna y externa.

Hoy, como hemos dicho, varios grupos políticos se autodenominan «partido comunista internacional» reivindicando una conexión con la Izquierda Comunista de Italia, cuando no incluso su «herencia». Serán los hechos reales de la lucha de clases proletaria y la ac-

(sigue en pág. 10)

¿Cuál es el futuro de los palestinos de Gaza?

Los palestinos se enfrentan a su exterminio sistemático, deseado y organizado por Israel con la aprobación y el apoyo de todos los imperialistas, empezando por los muy democráticos Estados Unidos de América y los Estados europeos.

Después de décadas de intentos infructuosos de constituirse en nación y en Estado independiente, a la altura de los demás y sobre todo de Israel, no parece haber salida; pero existe una: la vía histórica de la reanudación de la lucha de clases del proletariado no sólo en los países de Oriente Medio, sino sobre todo en los países capitalistas avanzados, con la perspectiva de la revolución proletaria y comunista internacional, en Europa, en América, en Rusia, en Extremo Oriente, en China y en Japón; una lucha de clases que no puede dejar de afectar, desde el exterior, incluso a países donde la colaboración de clases entre proletariado y burguesía se ha cimentado tanto durante décadas que parece inexpugnable, como es el caso de Israel.

Para muchos, esta perspectiva puede parecer fuera de la realidad, imaginaria e irrealizable, del mismo modo que un «despertar» de las clases trabajadoras en los países de Oriente Medio.

La clase burguesa dominante ha soportado durante más de doscientos años una serie interminable de crisis económicas, comerciales y financieras, de luchas sociales y de asaltos proletarios al poder, incluso una revolución como la bolchevique de 1917 con su influencia temporal en Europa y en el mundo, después de haber soportado dos guerras mundiales, una más devastadora que la otra, y sus consecuencias negativas, después de haber seguido desarrollando la economía industrial y capitalista sometiendo a sus leyes todas las partes del mundo, incluso las más alejadas geográficamente de los grandes centros financieros e imperialistas, y después de haber atado a todos los proletarios a los intereses nacionales de su propia burguesía, reprimiendo las revueltas y rebeliones cada vez que estallaban, y de seguir iniciando guerras en todas las partes del mundo hasta el punto de hacer temblar la pacífica Europa; después de todos estos *hechos*, lo que parece imposible no es la revuelta, la rebelión de capas populares o naciones enteras contra la opresión a la que son sometidas constantemente por los grandes Estados imperialistas, los grandes monopolios y trust mundiales y los grandes bancos, sino que las revueltas y rebeliones se conviertan en *luchas de clases organizadas* como ocurrió en el siglo XIX y en las tres primeras décadas del siglo XX.

Hasta ahora hemos sido testigos de cómo Estados democráticos, en función de los intereses inmediatos y futuros de su propia burguesía, se aliaban o chocaban con otros Estados democráticos o con Estados autoritarios, totalitarios, pero todos igualmente burgueses y antiproletarios; desde hace décadas asistimos a una militarización cada vez mayor de las fronteras y de toda sociedad nacional, sin importar si esta militarización es obra de la burguesía nacional o de otras burguesías que se han impuesto ganando guerras. Cada vez es más evidente, sobre todo desde el final de la segunda guerra imperialista mundial, que la lucha de competencia entre los diversos capitalismos nacionales ha puesto en primer plano lo que el *Manifiesto del Partido Comunista, El Capital, El Imperialismo*…, en una palabra, el marxismo, predijo hace ciento ochenta, ciento sesenta y ciento diez años: los Estados burgueses, sean democráticos, monárquico-constitucionales o totalitarios, son, en todos los países, instrumentos de la dominación capitalista sobre la sociedad; chupan el sudor y la sangre del trabajo asalariado de las masas proletarias, el sudor y la sangre de las masas campesinas pobres, con el único fin de reforzar el poder del capitalismo sobre todos los territorios del planeta, sobre todos los mares y en todos los cielos. Según la burguesía, las leyes del capital, y por tanto de la gran burguesía capitalista, deben ser obedecidas no sólo por las grandes y pequeñas empresas, los grandes y pequeños negocios, cada pequeña y gran hacienda,

Aviso a navegantes...

(viene de la pág. 9)

ción política del partido los que demostrarán qué organización de partido representará efectivamente la *conciencia de clase* del proletariado a nivel internacional y podrá, gracias a esta cualidad específica, influir decisivamente en las capas más avanzadas del proletariado para ponerse a la cabeza de su preparación para la revolución anticapitalista.

Hoy nos vemos obligados a distinguirnos de todos los demás grupos que se remontan a nuestros propios orígenes colocando junto al nombre del partido los nombres de los periódicos y revistas que publicamos en los diferentes idiomas; en Francia, y en los países francófonos, dado que ningún grupo político nació con el mismo nombre que nuestro partido, desde 1957 nos identificamos con la revista *programme communiste* y desde 1963 con el periódico *le prolétaire*; en los países de habla hispana hemos tenido que cambiar el nombre del periódico ya que el grupo escindido de 1981-82 tomó el nombre del periódico *El Comunista* que el partido publicó hasta la crisis general de 1982, mientras que nosotros pudimos mantener viva la revista *El programa comunista* publicando después el periódico *El Proletario*; también hemos mantenido la antigua cabecera *Communist program* para la revista en lengua inglesa, a la que se unió hace unos años la publicación periódica *Proletarian*, mientras que para la revista en lengua italiana, dado el vergonzoso asunto del recurso a la legalidad burguesa con respecto a la antigua cabecera *il programma comunista* la igualmente vergonzosa labor de liquidación del partido llevada a cabo por el grupo que publicaba *Combat*, hemos dado vida a la nueva revista *il comunista*.

En años pasados ha habido lectores que han sugerido que cambiáramos también el nombre del partido, precisamente para que no se nos confundiera con otros partidos que tienen el mismo nombre. En realidad, la reivindicación del nombre Partido Comunista Internacional no puede ser sustituida por ninguna otra denominación que responda mejor al significado que siempre hemos dado a estas tres palabras. Sería como decir que, puesto que la dictadura del proletariado fue reivindicada tanto por Stalin como por Mao y por un centenar de otros autodenominados partidos comunistas dispersos por el mundo, entonces tendríamos que encontrar un sinónimo para distinguirnos de todos aquellos que volvieron a proponer la dictadura del proletariado no según la concepción marxista original. Lo mismo ocurriría con «socialismo», o «comunismo», por no hablar de «marxismo». Los sinónimos (suponiendo que los haya en estos casos) son generalmente expeditivos que en lugar de aportar claridad, aportan aún más confusión; ¡véase lo que hizo la Internacional Comunista cuando, en lugar de la consigna de la dictadura del proletariado, lanzó la de «gobierno obrero» e incluso la de «gobierno obrero y campesino»! A nosotros nos corresponde continuar la batalla y la crítica de clase según los dictados de la teoría marxista y la experiencia histórica del bolchevismo de Lenin y de la Izquierda Comunista de Italia. Una batalla y una crítica que no suavizaremos ante cualquier intento de sembrar la confusión utilizando expedientes con los que otros grupos piensan que pueden expandirse y aumentar su notoriedad y sus adherentes.

por tanto cada país, y cada individuo desde que nace y mientras respire, sino todas las generaciones que vendrán después. Si se imagina el futuro a partir de lo que ocurre en el presente, el futuro no es de la tan cacareada prosperidad, de la tan invocada paz, de la reivindicada libertad, igualdad, fraternidad: el futuro previsto en cada país por la burguesía dominante lo cuentan las bocas de los cañones, las bombas que caen sobre sus cabezas, los misiles disparados desde tierra, mar y cielo. Y cuando no son los cañones los que disparan, las bombas y los misiles los que causan estragos y arrasan ciudades enteras, son el hambre, la desnutrición, la sed, la carestía y la criminalidad que siempre se aprovecha del caos provocado por las crisis sociales y la guerra. Burguesía y criminalidad, aunque luchan entre sí, se apoyan mutuamente, ambas son hijas del modo de producción capitalista, para ambas su dios todopoderoso es el dinero al que sacrifican todo, incluidos los pueblos.

Contra *este* mundo, contra *este* futuro, no es la «buena voluntad» de los hombres, no es la «democracia» con sus «valores de libertad e igualdad», tan falsos como cualquier otro, la solución. La clase burguesa no está formada por hombres que se preocupan por la sociedad de los hombres, sino que está formada por hombres que son instrumentos del capital, son la mano del dios-capital, cuyos intereses van en contra de la sociedad humana: cuando los intereses de la vida social de la especie humana se ponen en el lugar de los intereses del capital, del dinero, de la mercancía, es decir, de una economía destinada a doblegar el trabajo humano exclusivamente a la valorización del capital, entonces no se destierra ninguna violencia: la violencia del capital, de su economía mercantil, se transfiere directamente a la violencia de la clase que detenta el poder político, económico, militar, doblegando a toda la sociedad a los intereses del capitalismo a cuyo «servicio» esta clase no sólo se apropia y centraliza toda la riqueza producida por el trabajo humano, sino que ejerce todo tipo de violencia para defender este poder y extenderlo a territorios más amplios.

La guerra -que la burguesía israelí libra desde hace décadas contra todos los pueblos que viven en los territorios limítrofes de lo que para los israelitas ha sido siempre la «Tierra Prometida» (...prometida por el Dios de Israel), empezando por la población palestina, que desde hace algunos milenios está presente en toda la zona por ser también una población semita, como lo es la hebrea-, tiene sus raíces no en el supuesto antisemitismo de los palestinos, sino en el interés y necesidad de ambos pueblos de dominar al otro para controlar el territorio compartido, especialmente en las zonas fértiles a lo largo del Jordán, y que tenía en los contrastes religiosos plurimilenarios una justificación ideológica para ambos bandos. Con el desarrollo del capitalismo, y por tanto de las clases burguesas para cada población de la zona, los contrastes adquirieron inevitablemente las características de una guerra permanente en la que, tras la caída del imperio otomano que había dominado aquellos territorios durante cuatro siglos y su colonización por las potencias imperialistas vencedoras de la Primera Guerra Mundial -Inglaterra y Francia-, toda la zona de Oriente Próximo y Oriente Medio quedó completamente desmembrada de las antiguas instituciones imperiales. Inglaterra y Francia establecieron allí, con fines de dominación imperialista, nuevas entidades nacionales: Iraq, Palestina/Israel, Jordania, Líbano, Siria, Kuwait, Arabia Saudí, sin tener en cuenta las tradiciones asentadas de las diferentes etnias y poblaciones, sino únicamente sus propios intereses imperialistas.

Naturalmente, los intereses de las potencias imperialistas incluían no sólo la partición del antiguo Oriente Próximo y Oriente Medio otomano en zonas de influencia (así Siria y Líbano fueron asignados a Francia, Jordania, Palestina/Israel, Irak, Kuwait y Arabia Saudí, a Inglaterra) para controlar directamente las vías de comunicación, el monopolio del comercio y la explotación de los yacimientos petrolíferos, sino también la incitación de las diversas minorías (en primer lugar los kurdos, y después también los judíos) contra las poblaciones árabes. Al final de la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Sèvres (1920) definió las nuevas fronteras, cambiando radicalmente toda la zona de Oriente Próximo. Con la Segunda Guerra Mundial, la derrota de las potencias del Eje y de las entidades estatales árabes que las apoyaban, y el exterminio de los judíos, las *democracias* imperialistas victoriosas por segunda vez sobre *los totalitarismos* imperialistas, no hicieron sino agravar los conflictos entre las poblaciones de la zona de Oriente Medio, particularmente en lo que se refiere a la creación de Israel, que de ser un «*hogar judío*» se convirtió en 1948 en un *Estado* de pleno derecho en un territorio que las potencias imperialistas mundiales unidas en la ONU desde 1945 habían querido dividir en dos Estados diferentes, uno palestino y otro judío, lo que nunca ocurrió. Que Inglaterra, Estados Unidos y la propia Francia estaban esencialmente del lado de la población judía y no de la población árabe era evidente, más allá de las repetidas declaraciones sobre los conflictos árabe-israelíes y sobre «dos pueblos, dos Estados», desde la violenta constitución del Estado de Israel que provocó la primera gran catástrofe (en árabe, *al-Nakba*) para los palestinos, que se vieron obligados a huir a Líbano y Jordania; ni Inglaterra ni Francia intervinieron para impedir el éxodo forzoso de 700.000 palestinos de su tierra ocupada militarmente por los israelíes. Un Estado judío convenía a todas las potencias imperialistas porque podía desempeñar el papel de su gendarme en una zona turbulenta y difícil de gestionar después de haberla desmembrado por completo.Y acallaba la mala conciencia de las democracias imperialistas que, a pesar de conocer el final al que iban a ir a parar millones de judíos en los campos de concentración nazis, no hicieron absolutamente nada para impedir ese exterminio anunciado.

Así, tras la guerra, favorecieron la emigración de cientos de miles de judíos de Polonia, Alemania, Rusia y el propio Oriente Próximo a Israel, su nueva patria. De este modo, el imperialismo -bajo la apariencia, formalmente democrática o no- esperaba mitigar, si no pacificar, un Oriente Próximo que más bien parecía una zona en la que los contrastes étnicos, religiosos, políticos y económicos de los pueblos que siempre lo habían habitado se cruzarían, agravándolos, con los intereses contrapuestos de las diversas potencias imperialistas. Mientras tanto, a lo largo de las décadas transcurridas desde 1948, Israel se ha convertido en un país avanzado en términos capitalistas, con importantes objetivos expansionistas, objetivos que no pueden realizarse a menos que primero consiga someter a toda la población palestina de una manera que no perjudique en absoluto el interés de Tel Aviv en apropiarse de todo el territorio de Palestina, incluso a costa de exterminar a la población palestina como está ocurriendo en Gaza desde hace más de 600 días.

Las rebeliones, levantamientos, guerras, en las que los palestinos han sido protagonistas durante más de sesenta años, a pesar de haber sido derrotadas constantemente y de haber tenido que luchar no sólo contra el ejército de Israel, sino también contra los gobiernos y ejércitos de los países árabes que se declaraban partidarios y amigos de la «causa palestina»; mientras confían en la influencia y dirección de grupos políticos y milicias que desde la OLP en adelante, hasta la actual ANP y Hamás, han demostrado, por el contrario, que prevalecen sus propios intereses partidistas, sus propios privilegios, explotando a las masas proletarias y campesinas palestinas, poniéndose de vez en cuando al servicio de una u otra potencia regional, de una u otra potencia imperialista mientras sufren las consecuencias más terribles en términos de opresión, humillación, tortura y muerte, las masas palestinas siguen resistiendo y sobre-

(sigue en pág. 12)

¿Cuál es el futuro de los palestinos de Gaza?

(viene de la pág. 11)

viviendo en parcelas de tierra que se convierten cada vez más en cementerios al aire libre.

Que todas las potencias imperialistas están interesadas en mantener buenas relaciones económicas, comerciales, financieras y políticas con Israel es obvio; han seguido comerciando con armas de todo tipo, incluso después del 8 de octubre de 2023, y de esto los grandes campeones son Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, incluso España, que, a la sombra del reciente reconocimiento de Pedro Sánchez del «Estado palestino», ha aumentado la importación de armas de Israel después del 7 de octubre de 2023, incluidos los nuevos misiles Spike y morteros Cardom «*probados en combate*» en Gaza (1). No han hecho nada para garantizar que las palabras conciliadoras de «dos pueblos, dos Estados» (que saben perfectamente que nunca se producirán) vayan seguidas de hechos, y nada para detener la violencia sistemática del ejército y los colonos israelíes contra la población civil palestina.

Su gran poder, político, económico, militar, ¿qué ha hecho? ¿Para proteger a la población civil palestina? ¿Para amedrentar al Estado de Israel amenazándole con fuertes represalias si no pone fin a su violencia sistemática contra la indefensa población palestina? Desde luego que no, dado que después de 600 días de bombardeos que están arrasando la Franja de Gaza, con sus más de cien mil muertos entre los muertos confirmados y los que están bajo los escombros, con sus cientos de miles de heridos, moribundos, hambrientos y enfermos sin tratamiento, muchos gobernantes trajeados se permiten el lujo de decir -delante de las cámaras- que Israel «está exagerando», que ha «cruzado el límite» (el límite de qué: ¿cuántas muertes de civiles son «aceptables» para ellos en casi dos años de bombardeos, golpeando escuelas, hospitales, casas de civiles, campos de refugiados,?), que es hora de «negociar» -¿con quién, con Hamás? que favorece la guerra emprendida por Israel y que, en cambio, tiene interés en que la población de Gaza siga sufriendo todas las efervescencias de las que es capaz el ejército israelí, para tener un motivo más para reorganizarse y recuperar influencia sobre al menos una parte de los palestinos y seguir desempeñando su papel de *longa manus* de ciertas potencias regionales, y no sólo Irán, que tienen interés en mantener ocupado a Israel en el área territorial de lo que fue Palestina?

Y desde luego no es la llamada «ayuda humanitaria», en forma de camiones llenos de alimentos, medicinas, ropa y equipos que llegan a la frontera de Gaza y que el ejército israelí bloquea bajo el sol desde el 2 de marzo, impidiendo cualquier socorro a la población bombardeada sistemáticamente y reducida a la inanición. Tras expulsar de Israel a la organización humanitaria de la ONU URNWA, acusada de terrorismo por el gobierno terrorista de Israel, y organizar con Estados Unidos una nueva organización humanitaria autodenominada *Alianza de Abogados por Palestina* (ASAP), a la cabeza de la llamada *Fundación Humanitaria de Gaza* (GHF), financiada por el Mossad y el Ministerio de Defensa israelí y compuesta en realidad por mercenarios estadounidenses y antiguos agentes de la CIA, Israel sigue adelante con su plan de acorralar a la mayoría de los palestinos de la Franja en el sur de la misma. Aquí ha establecido, cerca de la frontera con Egipto, bajo supervisión estadounidense, cuatro puntos de recogida para la distribución de alimentos (frente a los 400 puntos de recogida de la URNWA en toda la Franja), construyendo largos y estrechos pasillos de alambre de espino y sometiendo a todos los que hacen cola a una identificación mediante los sistemas biométricos de tecnología más avanzada; tras días y semanas de inanición, la aglomeración de palestinos para conseguir aunque sea una mínima dosis de comida es evidente. Como estaba previsto, para dispersar la aglomeración y obligar a los palestinos a apretujarse en los pasillos especialmente preparados y contra el asalto a la poca comida puesta a su disposición, contratistas estadounidenses y milicias criminales organizadas por algunos clanes palestinos de acuerdo con el gobierno de Netanyhau (2) dispararon contra la multitud, sumando muertos y heridos sobre muertos y heridos. De este modo, los palestinos son tratados peor que los prisioneros de cualquier campo de concentración: detrás de la «ayuda humanitaria» -útil para atemperar la mala conciencia de los países imperialistas- brillan los cañones de las ametralladoras y los cañones de los tanques, transformando así los puntos de recogida para la distribución de alimentos en trampas mortales. « «

Y mientras esta larga y pesada carnicería tiene lugar en la Franja de Gaza, el príncipe Faisal binFarhan, ministro de Asuntos Exteriores de Arabia Saudí, tenía previsto reunirse con Abu Mazen el domingo 1 de junio en Ramala, Cisjordania, para hablar de lo que algún día debería convertirse en el codiciado «Estado palestino». Durante más de cincuenta años, ningún alto funcionario saudí ha puesto un pie en Palestina; durante más de cincuenta años, Riad ha guardado silencio sobre toda la tragedia del pueblo palestino. Al frente de una delegación árabe compuesta por ministros de Asuntos Exteriores de Egipto, Jordania y otros países de la Liga Árabe, el príncipe Faisal binFarhan pretendía lanzar una iniciativa con la que Arabia Saudí quiere desempeñar un papel clave en la reconstrucción de las relaciones interestatales entre los países árabes de la región e Israel, jugando, como corresponde a los mercaderes más experimentados, sobre varias mesas: la normalización de las relaciones con Israel según los famosos Acuerdos Abrahámicos, interrumpidos debido al atentado de Hamás del 7 de octubre de 2023 y a la respuesta extremadamente violenta de Israel en la Franja de Gaza, pero que habían suavizado las relaciones entre Israel y Bahréin los Emiratos y Marruecos, y que podrían reanudarse de nuevo entre Tel Aviv y Riad; la reanudación de las relaciones con la ANP después de haberlas abandonado, volviendo a poner la «causa palestina» en primer plano, coincidiendo con la Francia de Macron con la que Riad ha organizado una conferencia en la ONU para los días 17 a 20 de junio precisamente para relanzar el reconocimiento del Estado palestino. Asistimos así a un teatro más en el que la «causa palestina» es utilizada, ahora por una potencia y ahora por la otra, como palanca para imponer sus propios intereses de partición en una zona sometida sistemáticamente a contrastes básicamente irresolubles y en la que las potencias regionales Arabia Saudí, Irán, Turquía y por supuesto Israel llevan al menos sesenta años tratando de imponerse a los demás contendientes. Pero detrás de ellos, o junto a ellos, están las potencias imperialistas históricas y un imperialismo más joven, como China por ejemplo, igualmente interesado no en la «causa palestina», sino en el petróleo y las rutas comerciales que pasan por el Mar Rojo, el Canal de Suez y el Golfo Pérsico. Esta visita a Ramala fue impedida por Israel y obviamente... aplazada. Prueba de que el gran plan de Israel es reducir la presencia de palestinos en la Franja y en Cisjordania al mínimo histórico posible son los continuos asentamientos de colonos en Cisjordania y, mañana, una vez terminado el exterminio en Gaza, también en la Franja. No fue casualidad que la visita del saudí Faisal binFarhan a Ramala se materializara veinticuatro horas después de que el gobierno de Netanyahu hubiera aprobado 22 asentamientos más en la Cisjordania ocupada, la mayor operación de asentamiento en los territorios ocupados ilusoriamente destinados a un Estado palestino...

La guerra en el Oriente Medio asolado por el terremoto ha sido, es y será la situación normal porque hay demasiados contrastes que se han acumulado y concentrado a lo largo de cien años y

más y que siguen generando nuevos contrastes; contra esta situación de guerra permanente sólo la explosión de la lucha de clases proletaria podrá aportar una respuesta histórica a la continua carnicería con la que las burguesías regionales e imperialistas intentan de vez en cuando imponer sus intereses partidistas específicos. Una lucha de clases proletaria que puede estallar en Egipto como en Siria, en Irán como en Turquía, en la propia Arabia Saudí como en Líbano o en Irak o en la propia Palestina, pero que podría tener la característica de extender el fuego rápidamente por toda la región.

Desgraciadamente, y no a día de hoy, se sigue negando por completo una salida a la opresión, las masacres y el actual exterminio de los palestinos. Bajo la bandera del «derecho de Israel a defenderse», la sanguinaria burguesía judía, en nombre del «pueblo elegido de Dios», de un Dios que exige obediencia total y al que se debe incluso el mayor sacrificio, el de la vida humana; un «derecho de Israel a defenderse» que justifica toda acción, incluso la más violenta e inhumana, pensada, planeada y llevada a cabo contra cualquier otro pueblo pagano o considerado enemigo. Esta antiquísima convicción religiosa, con la que el «pueblo elegido de Dios» ha construido a lo largo del tiempo, de generación en generación, un vínculo de solidaridad muy estrecho entre todos sus miembros, pues estas comunidades judías, expulsadas de los distintos países desde el Imperio Romano, les ha ayudado a perdurar en el tiempo dedicándose al comercio y al préstamo de dinero, convirtiéndose con el tiempo en usureros y banqueros, ya que, para sobrevivir, no podían, por ley, poseer propiedades y tierras; pero, al mismo tiempo, no fue suficiente para protegerlos de las masacres y *progroms* que los azotaron a partir de la Edad Media en Alemania, Inglaterra, Francia y, sobre todo, Rusia. Un «pueblo elegido por Dios», pero perseguido por muchos otros pueblos, cristianos sobre todo, que, en la infinita hipocresía del catolicismo, el protestantismo y los cristianos ortodoxos, dirigieron el descontento de las clases bajas hacia las comunidades judías que, por sus características, eran fácilmente identificables y encerradas en guetos.

Sin embargo, haber sido perseguidos durante siglos no impidió que la mayoría de las comunidades judías se enriquecieran a través del comercio y la usura, en un mundo en el que las relaciones, violentas y menos violentas, entre los diferentes pueblos se hicieron cada vez más intensas, poniendo de relieve la necesidad del intercambio de productos y, La práctica mercantil y usurera, reforzada y perfeccionada a lo largo de los siglos por los judíos, los colocó en una posición de mayor privilegio social, hasta el punto de convertirse en los principales exponentes del capitalismo.

La ausencia de la lucha de clases en Israel, en Europa, en América, en los países árabes de Oriente Medio, no permite al proletariado palestino, y mucho menos a la población palestina en general, contar con la única solidaridad concreta que le ayudaría a reaccionar ante el exterminio, sacudiéndose las sanguijuelas nacional-burguesas de Hamás, la ANP y todos los diversos clanes y formaciones político-militares que en las últimas décadas han representado no una «solución nacional y democrática» al conflicto israelo-palestino sino la explotación de la combatividad y la resistencia indomable de los proletarios palestinos para afirmar sus propios intereses de clase burgueses, sus propios privilegios, ahora con enfrentamientos armados contra Israel y contra tal o cual Estado árabe que resultó ser tan represivo con ellos como Israel, ahora con los compromisos más cobardes y cínicos con las potencias dominantes representadas por Israel o los países árabes, Estados Unidos o los Estados europeos.

La ofensiva más reciente de Israel contra la población de Gaza, tras la falsa tregua acordada con Washington, ha recibido el nombre de *Carros de Gedeón*. Todos los títulos que Israel ha dado a sus guerras han tenido siempre un fuerte valor simbólico. En este caso, la referencia es a la Biblia, en particular al *Libro de los Jueces* y a las hazañas del juez Gedeón (siglos XI-X a.C.), «elegido por Dios» para devolver la fe en el Dios de Israel a los israelitas, que se habían apartado de los mandamientos divinos y estaban oprimidos por pueblos paganos como los madianitas y los amalecitas. Sus hazañas se resumen en la operación de exterminio que Gedeón organizó con un ataque nocturno por sorpresa contra el campamento de los madianitas; la sorpresa facilitó la victoria de Gedeón y sus 300 guerreros; mató personalmente a los príncipes capturados y ordenó el exterminio de la población de dos aldeas, Succoth y Penuel, culpables de no haber apoyado a sus soldados. Habiendo restablecido así la ley del Dios de Israel y el control sobre el territorio habitado por los israelitas, el juez Gedeón garantizó, según la Biblia, la paz durante cuarenta años. Fue elevado, en el Nuevo Testamento, a ejemplo de fe para todos los cristianos, una fe que imponía, de hecho, el exterminio de todos aquellos que no se sometieran a la ley del Dios de Israel... y a la ley del Dios de los cristianos...

¿Y qué es esto sino un exterminio organizado hasta el más mínimo detalle, lo que viene ocurriendo en Gaza desde el 8 de octubre de 2023, al día siguiente del ataque de Hamás a los kibutzim israelíes fronterizos con Gaza? Un exterminio consumado con el beneplácito de todos los Estados llamados civilizados, y del que algún día darán cuenta ante el avance del movimiento revolucionario proletario, que, impulsado por las contradicciones cada vez más agudas y poderosas del capitalismo mundial, resurgirá inevitablemente de sus cenizas.

5 de junio de 2025

Partido Comunista Internacional

(1) Véase https://contropiano.org/altro/2025/06/05/benefici-inconfessabili-la-compravendita-darmi-tra-la-spagna-e-israele-dopo-il-7-ottobre-0183806

(2) Véase htpps://www.avvenire.it/mondo/pagine/caos-aiuti-striscia, 31 de mayo de 2025, sobre Yasser Abu Shabab, miembro de una poderosa familia de Jan Yunis, en el sur de la Franja, que, de acuerdo con las fuerzas israelíes, organizó los asaltos a cientos de camiones del Programa Mundial de Alimentos de la ONU.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!

¡Suscríbanse!

- Il comunista -
Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -
Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -
Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;
América Latina.: US$ 2; USA-Cdn:US$ 4.

- El programa comunista -
Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;
América Latina:US$ 1,5; USA-CdnUS$ 3

- El proletario -
Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US $ 2; América Latina: US $ 1'5

- Proletarian -
Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 €; £ 1, 3 CHF.

Cádiz: La vía de la lucha de clase

(viene de la pág. 1)

dicatos (UGT primero, seguido de CC.OO. y de CGT) convocaron una huelga de dos días. El fin era evidente: permitir que los trabajadores, especialmente aquellos que se han radicalizado más a lo largo de los últimos años y que han engrosado las filas de CGT, de la Coordinadora de Trabajadores del Metal (CTM) o, en algunos casos, del Sindicato Andaluz de Trabajadores (SAT), desfogasen parte de la rabia contenida, como si se tratase de dos jornadas de lucha destinadas a aliviar la tensión. Después de esa huelga parcial, con preaviso y perfectamente adecuada a las necesidades de la patronal, en el guion esperable estaba el paripé de la negociación: UGT -primer convocante- representando «tensos encuentros» con la patronal de las empresas del sector (las grandes empresas, como Navantia, tienen convenio propio y están excluidas). Como parte del circo, se firma un preacuerdo la madrugada del domingo y se presentaa los trabajadores el lunes por la mañana con el fin de que entren ese mismo lunes a trabajar. Pero en este punto se ha roto la baraja: buena parte de los trabajadores (según la prensa burguesa, aquellos que trabajan en la bahía de Cádiz) ha rechazado el preacuerdo y ha decidido continuar con la huelga y, con la cobertura legal de CGT -cuya sección del metal se ha negado a desconvocar la convocatoria de huelga- , han continuado con los paros, esta vez de manera indefinida y sin que ni la patronal ni el gobierno tengan la certeza de que van a poder pararlos a su antojo, como han hecho habitualmente, gracias a la labor de los grandes sindicatos colaboracionistas.

Las reivindicaciones iniciales de los trabajadores del metal eran estas:

-Cumplimiento íntegro del convenio para todo trabajador y trabajadora del sector.

-Regulación justa del contrato «fijo discontinuo».

-Imposibilidad de trabajar dentro de las factorías bajo convenios diferentes a los del metal.

-No a los impagos constantes.

-Coeficiente reductor para la jubilación anticipada.

-Vigilancia y prohibición de las listas negras.

Para entender correctamente su alcance, es necesario tener en cuenta que el sector del metal en Cádiz lo compone una miríada de pequeñas y medianas empresas que prestan servicios para las grandes empresas del sector (Navantia, Airbus, Dragados Ofshore, etc.). Esta fragmentación de las llamadas «empresas auxiliares» es consecuencia de la progresiva descapitalización que emprendió la industria del metal hace cuarenta años, entonces enucleada en torno a las grandes empresas estatales: al proceso de privatización le acompañó el fenómeno de la externalización, por el cual las empresas principales prescindían de la mano de obra y el capital necesario para realizar tareas que podían subcontratarse en función de la carga de trabajo que existiese. De esta manera, a día de hoy, en una misma obra, trabajando en la construcción de un solo barco, puede haber al mismo tiempo muchas empresas, cada una de las cuales tiene a un grupo de trabajadores realizando determinadas tareas. Esto, en la práctica, ha supuesto la estratificación de la masa proletaria que antes contrataba una única empresa y la desvinculación de los diferentes oficios dentro del sector, con lo que el problema para los trabajadores se agudiza porque muchas empresas, con el fin de disminuir los salarios, se acogen a convenios colectivos que no son los del metal (con la excusa de que la tarea particular que realizan así lo exige). De esta manera, no sólo hay diferentes trabajadores de diferentesempresas, sino que, legalmente, en una sola obra puede haber una división «industrial» total.

Durante décadas ésta ha sido la gran fuerza de la burguesía. Ante la crisis prolongada del sector del metal (que comenzó en los años ´80 y que a lo largo de las dos décadas siguientes implicaría una profunda reestructuración de la industria, de los métodos de trabajo, etc., con la amenaza de la deslocalización, de la competencia coreana o de cualquier otro chantaje pendiendo siempre sobre la cabeza de los trabajadores), la estrategia siempre fue rebajar los costes salariales mediante la división y el consiguiente debilitamiento de lo que antaño fue una clase proletaria fuerte y combativa. Primero lo logró dividiendo entre jóvenes y mayores, favoreciendo la salida de estos últimos con buenas prejubilaciones, mientras despedía o imponía condiciones mucho peores a los primeros. Luego fue la división por empresas: las que se mantuvieron dentro del Estado (participadas total o parcialmente por la SEPI) y las que se privatizaron. Una vuelta de tuerca más: desmembración de las grandes empresas y traslado de la carga de trabajo a otras, auxiliares, en las que las condiciones de trabajo están muy por debajo de las grandes. Finalmente, la última gran baza de la patronal y del Estado ha sido la introducción de la figura contractual del llamado «fijo-discontinuo», generalizada por la ministra de trabajo de Sumar, Yolanda Díaz, en la reforma laboral de 2022. Con esta forma de contratación las empresas logran vincular a los trabajadores y mantenerlos a su disposición, ahorrándose los costes de los despidos, de la nueva contratación, etc., y consiguen además contar con bolsas de empleo que utilizan según su necesidad en cada momento.

Esta descripción de la situación de Cádiz puede valer para cualquier porción local del sector del metal que se quiera examinar: Ferrol, Vigo, País Vasco, Valladolid, Valencia… en todas partes la dinámica ha sido la misma y el resultado, por lo tanto, casi idéntico: un proletariado dividido, tanto en los aspectos legales como en lo que se refiere a las condiciones laborales; y una patronal que, valiéndose de las organizaciones sindicales tricolores, que a lo largo de los años han sancionado esta situación, se apoya en la relativa paz social comprada entre los trabajadores de las empresas principales (aquellos que tienen unas condiciones algo menos malas), para imponer una explotación brutal a los proletarios de las auxiliares.

Pero la situación de Cádiz es especialmente dura. Fuera del sector del metal, la provincia de Cádiz es un desierto laboral: se trata de una de las provincias con más paro de España, con una tasa de pobreza por encima de la media de España, con un entorno industrial prácticamente inexistente… No es por casualidad que toda la región ha visto crecer una estructura criminal dedicada al contrabando de drogas con Marruecos, que emplea a centenares de jóvenes que, de otra manera, no conocerían otra cosa que el hambre. En Cádiz, además de los barrios obreros que aplauden a los huelguistas que se manifiestan por ellos, también existen barriadas y pueblos donde los vecinos protegen a los miembros de los clanes criminales de la Guardia Civil, porque con las mafias al menos pueden comer.

Esta situación ha actuado de presión extra sobre los trabajadores del metal, especialmente sobre los empleados de las empresas auxiliares que van y vienen del paro (ahora del «fijo indefinido») y que siempre tienen la amenaza de entrar en las listas negras por negarse a trabajar en determinadas condiciones, por no ser lo suficientemente dóciles, o por el simple capri-

cho del encargado de turno. El *ejército industrial de reserva* con el que la clase burguesa presiona a los proletarios ocupados -temporal o permanentemente- es un instrumento de orden y pacificación de primer rango, y en manos de la clase burguesa siempre sirve para disciplinar a los proletarios que conviven con la amenaza del hambre para ellos y para sus familias.

Esta situación es la que ha llevado a la tabla reivindicativa que plantearon los trabajadores del metal tanto en las asambleas convocantes de la huelga como en los dos sindicatos que la han hecho posible, CGT y CTM.

Dichas reivindicaciones plantean una cuestión básica pero intolerable para la patronal, pública y estatal: la unidad, es decir, la igualdad en las condiciones de trabajo, el fin de la fragmentación laboral, el NO a la discriminación y NO a la represión. Porque a lo largo de los últimos años en la industria del metal de Cádiz se ha visto madurar a un sector proletario dispuesto a luchar y a asumir las necesidades que la lucha plantea. Ya en 2021, cuando el anterior convenio colectivo se firmó con la ayuda inestimable de las tanquetas antidisturbios del PSOE y de Podemos, la lucha que CC.OO. y UGT traicionaron amenazaba con desbordarse, tanto por la negativa de algunos trabajadores a aceptar los acuerdos, como por su esfuerzo en sacar el conflicto de las factorías y movilizar a toda la clase proletaria de Cádiz. Entonces, una desconocida CTM estuvo a la cabeza de la protesta y de las tentativas por romper la paz social impuesta por los sindicatos colaboracionistas. Pero finalmente estos, apoyados por todo el arco de la izquierda parlamentaria, impusieron la vuelta al trabajo en condiciones penosas.

Cuatro años después, la situación había madurado hasta tal punto que la anterior minoría fácilmente reprimible y ninguneable, arrastró tras de sí a miles de proletarios, impuso la continuidad de la huelga y el rechazo a la política de colaboración entre clases que propugnan UGT y CC.OO. Y no sólo eso, lo ha hecho con la reivindicación explícita de la unidad y la solidaridad con los proletarios que se encuentran en peores condiciones, rechazando explícitamente -como hizo el representante de CGT en la asamblea del lunes 23- cualquier modelo dual de contratación y trabajo, e imponiendo estas exigencias mediante la huelga y la movilización continua.

Por su parte, UGT, que encabezaba el comité de huelga, firmó un preacuerdo que suponía una nueva soga en el cuello de los trabajadores: partiendo de un «contrato para los jóvenes» que permitiría a las empresas pagar un 25% menos a los nuevos trabajadores y pasando por un plus de toxicidad a cobrar en siete años, para acabar por una actualización salarial que no llega a cubrir la pérdida de salario real de estos últimos años… De lo que se trata, tanto para UGT (o CC.OO., que finge no aceptar el acuerdo para jugar la baza de la radicalidad, y mantenerse,así, como interlocutor válido) como para la patronal, es garantizar un acuerdo de paz social que permita a las empresas asumir sin contratiempos el incremento de la carga de trabajo que se prevé para los próximos años. No en vano el convenio colectivo que se quiere imponer se prolongaría ¡hasta 2032!

En el convulso contexto económico y político que se avecina, con un plan de rearme generalizado para las grandes potencias imperialistas ya en ciernes, la patronal del metal y sus aliados oportunistas ven una posibilidad de negocio que ningún burgués rechazaría. Y para aprovecharla, necesitan garantizarse una mano de obra dócil que permita los márgenes de beneficio que hagan rentable la inversión necesaria.

Para los proletarios del metal de Cádiz la vía, por una vez, se ha mostrado clara: **sólo los medios y los métodos propios de la lucha de clase sirven para vencer** en la lucha que, inevitablemente, se debe librar contra la burguesía. El chantaje habitual en las últimas décadas (carga de trabajo a cambio de peores condiciones laborales), que siempre se ha traducido en la política sindical conciliadora del «ante todo, defensa del puesto de trabajo» se ha revelado como una trampa que ha sumido a los trabajadores en niveles de precariedad inauditos. Y es por ese lado por el que ha comenzado su respuesta: siendo conscientes del gran momento que puede vivir la clase burguesa a su costa, con unas expectativas de negocio tan prósperas… se han negado a aceptar la amenaza habitual y han impuesto una huelga indefinida hasta vencer. No sólo eso, sino que la han impuesto con los métodos propios de la lucha proletaria: piquetes, saltos, asambleas unitarias y abiertas a otros sectores de trabajadores, manifestaciones ilegales para tratar de unir al resto de la población obrera de la ciudad, solidaridad con los detenidos, etc.

Por el momento, su capacidad para romper con UGT y CC.OO., que son los órganos de contención que la burguesía utiliza habitualmente como primera línea de su defensa contra la lucha obrera, les ha dado una fuerza capaz de obligar a la patronal a, como mínimo, ceder en sus exigencias más inmediatas. Pero esto no significa que el camino haya quedado libre de obstáculos. Más allá de las grandes organizaciones del oportunismo político y sindical, existen otras fuerzas que tienden a desviar a los proletarios de la vía de la lucha de clase. Esa segunda línea de contención, formada por la extrema izquierda clásica, que ya aparece en las manifestaciones y en los piquetes buscando una notoriedad que les confiera influencia, y por algunos sectores del llamado «sindicalismo alternativo», también supone una fuerza anti proletaria que se ejercerá llegado el momento.

El ejemplo de los trabajadores del metal de Cádiz muestra no sólo que (¡por supuesto!) la clase proletaria es una fuerza viva, sino que la lucha de clase fuera del aparato legal de la burguesía, contra la política de conciliación social, contra el oportunismo sindical, etc., puede y debe revivir allí donde las condiciones de vida de los proletarios caen y caen por exigencias de la economía capitalista. Ese es el ejemplo que estos trabajadores han dado: la burguesía y su Estado siempre van a estar contra los proletarios, y la única manera de poder siquiera pensar en vencerlos es la práctica de la verdadera lucha de clase, la que no tiene en cuenta sino las necesidades de los proletarios, la que no recurre a la negociación sin lucha, la que no pacta la paz social como requisito previo para los acuerdos, la que se enfrenta a la represión con la fuerza que le da la unidad de clase.

¡Por la recuperación de la huelga como arma de la lucha de clase del proletariado tanto para las reivindicaciones inmediatas como para las generales!

¡Por la reorganización clasista del proletariado!

¡Por la defensa intransigente de la lucha de clase proletaria!

Partido Comunista Internacional
(El Proletario)

24/06/2025

Partido Comunista Internacional
Il comunista - le prolétaire - el proletario - proletarian - programme communiste - el programa comunista - Communist Program

www.pcint.org

República Checa: Los trabajadores solo pueden oponerse a los ataques de la clase burguesa dominante contra sus condiciones de vida, de trabajo y de lucha si están unidos, confiando en su propia fuerza y retomando la lucha de clases

¡Los patrones y su Estado capitalista sólo entienden la fuerza, no las palabras! Como escribimos en 2023:

«*En cualquier caso, lo que el mayor sindicato de la industria, OS KOVO, no consiguió en cuatro años de autodenominadas negociaciones, los trabajadores consiguieron arrancárselo (…) yendo finalmente a la huelga indefinida*».

¡Los medios y métodos de lucha-clasistas—como la huelga indefinida—son la palanca para hacer avanzar los intereses de los trabajadores!

Reforma del Código Laboral: más precariedad, más proletarización.

Las élites políticas, en interés del capital nacional e internacional, han aprobado una mayor precariedad para los trabajadores: 1. Un período de prueba más largo, de hasta un máximo de 4 meses, que todos los departamentos de recursos humanos adoptarán obviamente como norma; en los contratos temporales, puede llegar hasta la mitad de la duración del contrato (por ejemplo, con un contrato de 1 año, el período de prueba puede ser de hasta 6 meses); 2. Los contratos de trabajo temporales, si se trata de una sustitución de un trabajador temporalmente ausente (permiso de maternidad, parental...), podrán prorrogarse sin límite de repeticiones (hasta un máximo de 9 años); 3. Reducción del período de preaviso (el despido sin indicar motivos no fue aprobado debido al año electoral); 4. La posibilidad de trabajar a tiempo parcial durante el permiso parental es la consagración de la miseria económica; 5. El período de descanso puede reducirse en caso de «otros acontecimientos extraordinarios» vagamente definidos, lo que supone un avance para los empleadores que quieran abusar de ello, por ejemplo, en caso de escasez de personal, etc.

Se trata de una ley fundamental, parte de toda una serie de leyes antiobreras con las que el Estado capitalista defiende el dominio de clase y la explotación de los trabajadores. Pero incluso si esta reforma no fuera aprobada, en esencia no cambiaría nada: el ataque a las condiciones laborales de los trabajadores continuaría y se intensificaría debido al agravamiento de la crisis económica y a la necesidad del capital de reducir el coste del trabajo —con el consentimiento tácito de los actuales aparatos sindicales, que, por su lealtad a la colaboración de clases, a la buena salud de la economía nacional y a la paz social, han demostrado repetidamente ser un freno para la lucha, traicionando no solo los intereses generales del proletariado, sino también los inmediatos. Lo que realmente define la posición de los trabajadores asalariados es la relación de fuerzas que establecen frente a los patronos mediante su propia organización y movilización, exclusivamente en defensa de sus propios intereses —imponiendo sus condiciones a los patrones mediante la unidad, la lucha y la solidaridad de clase. Mucho puede cambiar entre patrones y trabajadores en cuanto a condiciones económicas y laborales si el acuerdo alcanzado es el resultado de una lucha clasista —es decir, llevado a cabo por reivindicaciones estrictamente proletarias mediante el uso de medios y métodos de lucha clasistas. Los medios y métodos de lucha clasistas lo son solo si son incompatibles con los intereses patronales (huelga indefinida sin previo aviso, negociaciones sin suspender la huelga, lucha contra el esquirolaje mediante piquetes y propaganda en otras fábricas y barrios obreros, etc.).

La lucha clasista es la única base sobre la cual pueden renacer las organizaciones proletarias de defensa inmediatay sin ellas, los proletarios no pueden aprovechar las lecciones aprendidas en las luchas ni fortalecer su capacidad de retomar la lucha cada vez que los patrones y su Estado intentan recuperar las concesiones que se vieron obligados a otorgar.

La «superasignación»: un empobrecimiento adicional de los proletarios más pobres

En mayo se aprobó la fusión de cuatro subsidios sociales y de asistencia material (asignación por hijos, ayuda para la vivienda, subsidio de subsistencia e integración del alquiler) en una única «superasignación». El ministerio dirigido por el Partido Popular, que ideó la «superasignación», ahora minimiza los resultados del simulador indicativo de prestaciones sociales del Centro de Asuntos Sociales SPOT, según el cual incluso el grupo de los llamados vulnerables —es decir, el sector de bajos ingresos del proletariado, como algunas madres solteras, ancianos que viven solos o familias proletarias con hijos que pagan alquileres elevados— perderán miles de coronas en apoyo social. Los representantes del ministerio «toman nota» de las críticas e intentan «disipar» los temores de que los escenarios publicados ya en enero no correspondan a la realidad. Pero ¿qué esconde realmente esta «superasignación»?

La asistencia social no es un acto de altruismo de la burguesía, sino una herramienta política utilizada para mitigar las tensiones sociales bajo la presión del movimiento obrero, con el fin de evitar la revuelta social y garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo necesaria para hacer funcionar toda la maquinaria productiva del país. Esta asistencia social se financia en parte con la plusvalía extraída a los trabajadores asalariados mediante el tiempo de trabajo diario no remunerado, y en parte a través del sistema fiscal y de las cotizaciones a la seguridad social. Se concede cuando los salarios individuales del mercado no son suficientes para la reproducción de la fuerza de trabajo. Estos subsidios, lejos de ser un apoyo ante el empeoramiento de las condiciones de vida de los proletarios, expresan la contradicción entre la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo en el capitalismo. El ataque a la asistencia social, disfrazado de medida supuestamente mejor para hacer frente al empobrecimiento proletario, es en realidad una forma de reducir el costo del trabajo más allá del salario directo y de empujar a los desempleados y pobres a aceptar empleos con salarios más bajos, ya que los «subsidios» deben verse como un privilegio, no como un derecho —lo que se utiliza ideológicamente para dividir al proletariado a través de la estigmatización de quienes reciben ayudas sociales. En realidad, se trata de devolver a las empresas una mayor parte del plus-trabajo–plusvalía normalmente extraída por el capital (la reducción del gasto social puede favorecer la disminución de los costes empresariales y su sostenimiento estatal), con el objetivo de mejorar la competitividad empresarial y trasladar parte de los costes asumidos por las empresas a los individuos y las familias. Esto debilita aún más los ya frágiles vínculos colectivos y refuerza la obediencia a las exigencias empresariales, haciendo que los trabajadores acepten salarios bajos por miedo a acabar dependiendo de los subsidios: ¡la pobreza debe servir como lección de obediencia!

La clase trabajadora debe reconocer que estos ataques se entienden como un ataque directo a sus condiciones de vida. Como productores de toda la riqueza, ya han sido despojados de todo bajo el modo de producción capitalista: el producto completo del trabajo social les es arrebatado sistemáticamente, y mediante el sistema salarial han sido reducidos a la mera supervivencia y a la simple reproducción de su capacidad de trabajo. La existencia misma del trabajo asalariado —su marco sociopolítico— debe ser abolida mediante la lucha de clases revolucionaria.

«Prohibición del comunismo»: criminalización de los actores de la lucha de clases

En lo que respecta a la enmienda del artículo 403 del Código Penal, ya aprobada por la Cámara de Diputados y a la espera de la aprobación del Senado y la firma del presidente, el 22 de abril de 2025 se introdujeron varios cambios que permiten castigar el apoyo y la propaganda del movimiento comunista, incluso con penas de prisión de uno a cinco años. Un diputado del partido gobernante subrayó que la introducción de esta prohibición «simbólica» (ya que la represión podía aplicarse creativamente mediante la redacción actual sobre «odio de clase» u «odio hacia otro grupo de personas») de la propaganda comunista como instrumento del orden jurídico es también

una futura «medida preventiva contra esta terrible ideología comunista». El Instituto para el Estudio de los Regímenes Totalitarios (ÚSTR), que colaboró en la modificación de la enmienda, acierta en dos puntos: que «*en las raíces de la doctrina comunista y en las raíces del marxismo hay una sola palabra: violencia [y] que no puede haber cambio sin el uso de la violencia*», y que la «*propuesta (…) no trata de ideología, sino de la protección del Estado de derecho democrático*». El texto exacto del artículo 403 modificado del Código Penal dice: «*Quien funde, apoye o propague (...) movimientos comunistas u otros que tengan como objetivo demostrado la supresión de los derechos y libertades humanos, o proclame (...) el odio de clase o el odio hacia otro grupo de personas, será castigado con una pena de prisión de uno a cinco años*».

No se trata de una medida dirigida contra la política democrática «de izquierdas»: no se puede ser comunista, no se puede decir que el camino hacia la emancipación de la clase obrera culmina en el derrocamiento violento del poder estatal burgués y su sustitución por el poder proletario y comunista.

Todo trabajador mínimamente consciente, todo proletario, sabe —como ya lo sabía la burguesía antes de Karl Marx— de la existencia de las clases sociales, de sus contradicciones y de la lucha entre ellas; siente y vive esta verdad objetiva. Los trabajadores, incluso en el nivel más bajo del conflicto económico o laboral, sienten que sus intereses están en oposición a los de los patrones, al capital.

En sus luchas y huelgas, experimentan cómo son atacados por la propaganda hostil de las clases dominantes y por los órganos de poder del Estado burgués: cómo las protestas casi siempre se transforman en inofensivas marchas pacíficas, mientras que los piquetes de los huelguistas son disueltos y reprimidos por la policía.

Los principios del partido de clase son los principios del determinismo económico (1). Las causas primarias de los acontecimientos históricos y sociales son los factores económicos. En base a esto, la sociedad se divide en clases con intereses opuestos que luchan entre sí: la naturaleza y el desarrollo de las luchas de clases determinan y explican los acontecimientos políticos. En la actual época histórica, se libra una lucha entre la clase capitalista —que posee los medios de producción, la producción misma y los medios de distribución— y el proletariado. Contrariamente a lo que afirman las teorías liberales y democráticas, el Estado no es más que un órgano de lucha en manos de la clase capitalista, que detenta el poder para garantizar sus privilegios económicos.

Nuestro estudio marxista de la historia y de la formación de la sociedad capitalista demuestra la inevitabilidad de la lucha del proletariado por su propia emancipación y el desenlace de esta lucha histórica en el comunismo. ¿Cómo ocurrirá esto? Reconocemos que la transformación de una economía basada en la propiedad privada y el trabajo asalariado a una economía basada en la propiedad común de los medios de producción y en el trabajo social sólo podrá realizarse de forma gradual. Pero el carácter científico de la doctrina marxista consiste en afirmar que este desarrollo económico no puede comenzar sin que el poder político pase de manos de la burguesía a manos del proletariado, y niega que esta transición pueda producirse por medio de la representación democrática. Al contrario, sostiene que tendrá lugar únicamente a través de un enfrentamiento violento entre el proletariado —guiado por el partido de clase, es decir, el partido comunista revolucionario— y el Estado burgués. El proletariado se organizará entonces como clase dominante e iniciará una etapa históricamente compleja, en la cual el capitalismo —una vez derrotada la clase dominante burguesa— dará paso a la planificación general de la economía según las necesidades reales de la especie humana y a una gestión colectiva por parte de toda la sociedad, a lo cual se llegará gracias a la transformación completa del modo de producción y de consumo. En ese proceso, la división de la sociedad en clases antagónicas y la necesidad del Estado como órgano coercitivo sobre las clases dominadas desaparecerán definitivamente.

¿Cómo ocurrió la revolución burguesa en el pasado? Los fabricantes, artesanos, comerciantes e intelectuales —apoyados por las revueltas de las masas campesinas en el campo y de las masas proletarias en las ciudades— derrocaron por la fuerza el poder de los reyes, del clero y de la nobleza bajo la bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, llegando incluso a decapitar al rey. La guillotina se convirtió en el símbolo del poder burgués contra cualquier otro poder. Hoy, la historia de las sociedades divididas en clases espera una sola revolución más: la revolución de clase proletaria, que derrocará el dominio de una burguesía que, de haber sido revolucionaria en siglos pasados, se ha vuelto conservadora y reaccionaria, opresiva y asesina como ninguna otra clase dominante anterior.

Cada vez que surge una oleada de lucha proletaria —o, en general, social—, la burguesía busca defender sus intereses de la forma más rápida y radical posible, utilizando todos los medios a su alcance. Refuerza la limitación de los derechos que ella misma había reconocido al proletariado y criminaliza en mayor medida a los actores de esas luchas.

La izquierda parlamentaria y extraparlamentaria ya ha comenzado a despotricar contra esta modificación del artículo 403 del Código Penal y lo hace, como de costumbre, con un discurso que tiende a paralizar el resurgimiento y el desarrollo de la lucha obrera y, en última instancia, de la lucha de clases.

Por el contrario, los proletarios deben liberarse de la ilusión de que la democracia burguesa les concederá libertades, de que es necesario ampliarla o invocar su ayuda. La democracia burguesa está fundamentalmente en su contra y constituye la organización política del capitalismo y de las clases burguesas dominantes. Los proletarios no deben «suplicar» por «buenas leyes»; eso sería una lucha meramente aparente y, en realidad, totalmente paralizante. Su objetivo debe ser luchar por derrocar las medidas legislativas antiproletarias mediante los medios de la lucha de clases.

La lucha de clases —y aún más el comunismo— no pasa por un debate democrático sobre el derecho a proponer «alternativas al capitalismo», porque eso solo conduciría a nuevas formulaciones legislativas, quizá más aceptables para cierto sector de la «opinión pública», pero no por ello menos eficaces como instrumentos de control social. Sería un error recurrir a proclamas, por ejemplo afirmando que el verdadero socialismo, el verdadero comunismo no fue el régimen estalinista con su dominio totalitario y sus satélites falsamente socialistas, o presentándolos al mismo tiempo como la cima de la democracia popular, moderna —incluso «proletaria», si se quiere— es decir, como una democracia «plena» en esencia. Para los proletarios, la salida de la esclavitud asalariada, de la opresión social y de las guerras capitalistas e imperialistas, está únicamente en retomar la lucha de clases por su emancipación del trabajo asalariado —una emancipación que tiene un solo nombre: comunismo. Inevitablemente tendrán que combatir con los medios y métodos de la lucha de clases; solo sobre la base de la relación de fuerzas determinada por su lucha podrá sacudirse esta «prohibición preventiva del comunismo».

Año electoral 2025: otro engaño para los trabajadores

Las próximas elecciones parlamentarias se celebrarán el viernes 3 y el sábado 4 de octubre de 2025. Dejando de lado a los partidos de gobierno —agentes del actual ataque en forma de leyes antiproletarias—, la izquierda burguesa ya promete el oro y el moro: más viviendas, subidas salariales masivas, un sistema sanitario que funcione… La socialdemocracia debe tomar por idiotas a los trabajadores si cree que han olvidado el papel que ha jugado en la gestión del Estado capitalista durante los últimos treinta años. Se ha deshecho de sus elementos más visiblemente repugnantes, pero sigue siendo el mismo partido burgués: partido defensor del sistema capitalista de producción y, por tanto, de la explotación del trabajo asalariado; partido de la UE, de la OTAN, aliado del mayor gendarme del capital mundial —los Estados Unidos—, criminal imperialista que aprueba el genocidio de las masas proletarias y pobres en Palestina. Es un partido que reprime la lucha social y la resistencia a la opresión social (represión policial tras el año 2000). Incluso la izquierda extraparlamentaria llamará a

(sigue en pág. 18)

República checa

(viene de la pág. 17)

votar por la socialdemocracia como el único «partido obrero», aunque esté dirigido por reformistas y por tanto no sea revolucionario — un partido en el que ellos mismos quisieran meterse. El colmo es que critican al movimiento ¡Staèilo! (¡Basta!) en torno al ex partido estalinista por sus posiciones derechistas y su nacionalismo, pero olvidan que el Partido Socialdemócrata Checo (ÈSSD) ha estado en el gobierno infinidad de veces ¡y ha impulsado leyes contra los trabajadores! ¿Se le perdona ahora que coquetea con la derecha populista solo porque se dice «social» y «democrático»? Estos coqueteos no son más que una manera de conseguir millones de votos y tratar de recuperar puestos desde donde se reparten fondos públicos o dinero sucio, como el actual escándalo de los miles de millones procedentes de una cartera de bitcoin que muy probablemente provienen del narcotráfico.

El partido comunista de clase, en un pasado lejano, utilizó las elecciones para aplicar la táctica del parlamentarismo revolucionario adoptada por la Internacional Comunista en 1920 —una táctica que implicaba la lucha contra el parlamentarismo desde dentro—, pero nunca descuidó la preparación revolucionaria, la lucha de clases fuera del parlamento y su papel primario, y jamás concibió este medio como una vía para obtener reformas. Hoy, como resultado del desarrollo del Estado capitalista —que claramente está adoptando la forma de una dictadura, tal como el marxismo ha señalado desde el principio— el parlamentarismo pierde cada vez más importancia, las competencias electorales no son más que palabrería, y en los momentos de crisis social toma forma la dictadura estatal como último recurso del capitalismo. Por lo tanto, en la situación actual, nuestro partido reafirma que ignora por completo las elecciones democráticas de cualquier tipo y no realiza ninguna actividad en ese ámbito. En cambio, concentra sus energías en actividades generales de estudio, propaganda, agitación y proselitismo dentro del contexto de la lucha anticapitalista —lo que implica también luchar contra la democracia y sus mecanismos de engaño e ilusión dirigidos a la mente proletaria—, y por la orientación decididamente clasista del proletariado. En contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana en oposición al capitalismo y a la opresión burguesa, apoya toda lucha proletaria que se aparte de la paz social y se niegue a someterse a la política de colaboración entre clases. Apoya todos los esfuerzos dirigidos a la reorganización de la clase proletaria sobre la base de una asociación económica clasista e independiente, con la perspectiva de una reanudación amplia de la lucha de clases, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

– ¡Unidos en defensa de las condiciones laborales de los trabajadores!

– ¡Contra el empobrecimiento del proletariado — por una defensa más firme de los proletarios más pobres y peor pagados!

– ¡Abajo las leyes contra el comunismo!

– ¡Abajo la guerra capitalista imperialista — no a un futuro en el que los trabajadores sean convertidos en carne de cañón!

– ¡Organización de clase, independencia de clase, lucha de clases!

– ¡No a la demagogia democrática, no al mito de las elecciones!

11 de junio de 2025

NOTAS:

(1) Para que esta afirmación no se malinterprete, hay que precisar que los principios del determinismo económico derivan directamente del materialismo histórico y dialéctico, que son el fundamento teórico del marxismo y, por lo tanto, del partido de clase. Esta afirmación no debe entenderse en el sentido de que el partido de clase derive directamente de los factores económicos que están en la base de toda sociedad humana, y por lo tanto de su «determinismo», sino en el sentido de que el determinismo económico de Marx está en la base de los hechos históricos de la sociedad humana, desde su primera organización social dividida en clases.El progreso en la formación económica de la sociedad —es decir, el desarrollo de los modos de producción y de las relaciones de producción conflictivas que se derivan de la división en clases de la sociedad— revela que la historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora, con excepción de la historia de las comunidades primitivas, es historia de luchas de clases (*Manifiesto del Partido Comunista*, 1848). En el mismo *Manifiesto* se afirma: De todas las clases que hoy se enfrentan a la burguesía, solo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases se descomponen y perecen con la gran industria, mientras que el proletariado es su producto más genuino, y se afirma que toda lucha de clases es una lucha política, llegando a la conclusión de que el verdadero resultado de las luchas de los proletarios no es el éxito inmediato (económico), sino el hecho de que la unión de los obreros se extiende cada vez más. La organización de los proletarios en clase es, de hecho, su organización en partido político, en el partido de clase. Pero nunca se comprenderían los fines de la lucha de clases del proletariado —es decir, la destrucción de la sociedad burguesa y de su modo de producción, y por lo tanto de sus relaciones de producción y de propiedad— si no se tuviera en cuenta la ley económica del movimiento de la sociedad moderna, desarrollada en la obra máxima de Marx, *El Capital*.El determinismo económico explica cómo se formó y desarrolló la sociedad dividida en clases; el programa político del partido de clase define la forma en que la lucha de clases del proletariado revolucionario superará históricamente toda división en clases de la sociedad.

Desde el mundo del trabajo

(viene de la pág. 20)

ñan con una fuerza que excede completamente la de aquella cuando se trata de reprimir a los trabajadores.

Vestas es una empresa dedicada a la fabricación de placas eólicas para los molinos. Aunque tiene varias plantas en toda España, la principal es la que se sitúa en Daimiel. Es en esta fábrica donde la huelga que tuvo lugar en mayo y junio ha tenido más fuerza. El conflicto viene de lejos ya que varios sindicatos llevan tiempo denunciando que las enfermedades laborales (causadas por los productos químicos con los que trabajan) son moneda común en la planta y que la empresa, lejos de dar una solución, niega que sea cierto. Los recursos judiciales de los trabajadores, con una justicia evidentemente al servicio de la burguesía, tardan años en llegar a su fin, con la consiguiente desesperación para los operarios. Durante las jornadas de huelga la Guardia Civil hizo acto de presencia protegiendo a los esquiroles que querían entrar en la fábrica. Finalmente la huelga se ha suspendido temporalmente y los trabajadores plantean retomarla en un momento en el que sus fuerzas sean mayores y puedan plantearse sostenerla en el tiempo.

2. Extracto de *Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y la posibilidad de salir de ella*

[…] El proletariado debía, y debe todavía, aprender, volver a aprender a luchar por sus propios intereses inmediatos porque ha perdido la experiencia viva, la capacidad, la memoria de cómo se lucha contra los patrones y su Estado, y ha perdido, sobre todo, la memoria de que toda lucha acaba pero que la organización de la lucha debe permanecer en pie. La confianza de parte del proletariado en organizaciones consideradas obreras como son los sindicatos tricolores oficiales, y la delegación en partidos supuestamente obreros, pero en realidad ultraburgueses, como son los partidos oportunistas falsamente socialistas y comunistas, de la visión política y del esfuerzo político por obtener resultados útiles a la propia lucha y a la propia causa dentro de esta sociedad, han significado para el proletariado de los países industrializados, y con mayor razón para el de los países atrasados, una renuncia de hecho, una renuncia profunda de la lucha de clase en favor de la colaboración interclasista»

Es desde este nivel de profunda renuncia de la lucha de clase que el proletariado debe partir. No estamos diciendo renuncia de la lucha en general, sino de la **lucha de clase**. Son cosas bien distintas. Durante años los proletarios han luchado, han continuado luchando, resistiendo como podían a la presión y a la opresión del capitalismo. Pero durante años los proletarios han luchado bajo la dirección del colaboracionismo, que les ha conducido a luchar con medios y métodos de la lucha democrática, legalista, pacifista, que por principio no pone

nunca en discusión los intereses de los capitalistas y de la clase burguesa en su conjunto, que por principio no pone nunca en primer y exclusivo lugar los intereses de los proletarios. Los objetivos inmediatos, por ejemplo, los ligados a las renovaciones de los convenios, de sector o de empresa, estaban siempre inmersos en el caldo de la conciliación entre las clases, de la «comunidad» de intereses entre proletarios y capitalistas. Cada vez más los intereses inmediatos del proletariado han sido colocados en un segundo, tercer, cuarto o último plano, y cada vez más los intereses empresariales –por lo tanto. los intereses de la patronal- han sido puestos, siempre, en primerísimo plano.

Las luchas obreras, precisamente porque se conducen sobre la vía del interclasismo, de la conciliación entre las clases, asumen de hecho una valencia anti proletaria; esto no quita que a través de ellas los proletarios no hayan llegado a obtener algunos resultados inmediatos: pero el gasto de energías y de sacrificios producidos para aquellos magros resultados era generalmente elevadísimo, hasta el punto de instalar entre los proletarios la idea de que con la lucha se perdía mucho más de lo que se podía ganar.

No sólo, por lo tanto, los objetivos de la lucha propuestos por los sindicatos tricolores, o por los partidos nacionalcomunistas, estaban fundamentalmente desviados de los intereses específicos del proletariado, sino que los mismos medios y métodos utilizados para lograr aquellos objetivos eran realmente descalificaban la misma lucha. Y por lo tanto en los casos en los cuales los sindicatos tricolores eran forzados a dirigir huelgas y luchas por la reacción decidida de grupos proletarios, esas mismas luchas no tenían ninguna posibilidad de convertirse en luchas de clase. El proletariado era, de esta manera, acostumbrado a un luchar, a delegar la organización, la conducción y la finalización de la lucha a los profesionales de los sindicatos tricolores, es decir a aquellos que tenían la función de hacer fracasar la lucha obrera tanto en lo que a sus objetivos se refiere como en lo relativo a los medios de presión para obtener satisfacción para las demandas planteadas.

El colaboracionismo estaba obteniendo su principal resultado: alejar al proletariado del uso consciente e inteligente del arma de la huelga, hacer nacer entre los proletarios el disgusto por las manifestaciones y los cortejos, difundir en el proletariado la idea de que la defensa de sus propios intereses no sólo debía ser interpretada como defensa individual, sino que debía ser delegada por completo a las organizaciones sindicales tricolores, únicas reconocidas y aceptadas, por otra parte, por el patronato y el Estado como interlocutores.

De esta manera, los proletarios han sido arrojados, cada vez más, al engaño del individualismo, de la soledad y de la debilidad en los enfrentamientos con el patrón y el Estado. Si en un tiempo los proletarios confiaban los unos en los otros y marchaban juntos a la lucha, ahora ha cundido la desconfianza entre ellos y se ven empujados a desinteresarse de aquello que le sucede a su compañero de trabajo más próximo. ¿Muere un obrero por los gases respirados en una cisterna, o triturado en uno de tantos engranajes, o cayendo de un andamio? Se continúa trabajando, como máximo se hará un minuto de paro… Hasta este punto ha sido reducido, por el oportunismo, el sentimiento de solidaridad que siempre ha distinguido a la clase obrera.

Sobre el terreno político, el colaboracionismo ha desarrollado una función paralela a la del colaboracionismo sindical. Ha continuado desarrollando la ilusión en el sistema democrático y parlamentario, contando con el hecho de que el proletariado –cada vez menos clase para sí y cada vez más clase para el capital- se fíe cada vez más de su Estado y de sus instituciones (prefectura y magistratura) como garante de los derechos de los trabajadores, tanto como lo es de los derechos de los empresarios, y delegue en los ayuntamientos, instituciones provinciales, regionales o centrales la solución de los problemas derivados de los enfrentamientos entre trabajadores y empresarios. Lo que no se resuelve a nivel empresarial, podría encontrar una sede «neutral» –la de la administración pública o la prefectura- en la cual los intereses «comunes» entre empresarios y trabajadores encontrarían la mejor solución.

Este engaño evidente, porque el Estado y sus instituciones no son nunca organismos neutrales por encima de las clases, sino que son expresiones precisas de los intereses de la clase dominante, perdura y echa raíces, pese a que miles de proletarios han verificado a través de su experiencia directa que no es otra cosa que una mentira. Pero, en ausencia de cualquier forma organizada de defensa clasista y proletaria, y en el perdurar durante décadas de la práctica colaboracionista, es «natural» que cada individuo-proletario, sólo contra el mundo, busque una ayuda o una protección de las que se le ofrecen, junto a la contrapartida, por parte del colaboracionismo, del cura, del empresario mismo, del usurero o del mafioso.

La renuncia a la lucha de clase es provocada por una profunda resignación frente al dominio inapelable de los patrones, frente al enorme peso que la burocracia ha asumido cada vez en mayor grado, frente a las continuas desilusiones que luchas impotentes no podían sino producir, frente a una serie interminable de pequeñas y de grandes derrotas sobre todos los terrenos: sobre el político y revolucionario, sobre el económico y de resistencia a la presión capitalista, sobre el de la organización de defensa y de la solidaridad obrera, sobre el de la más elemental defensa de las condiciones de vida y de trabajo.

El movimiento proletario, a nivel internacional, está muy atrasado respecto a los niveles alcanzados en los años de la revolución bolchevique y de la Internacional Comunista de Lenin. Ha perdido sustancialmente la capacidad de reaccionar ante el apabullamiento del capital aún sólo sobre el terreno de la mera defensa de la vida. Aturdido por la locura productiva del capital y por la toxicidad de la democracia, por lo tanto, completamente desorientado, se ha entregado sin combatir a sus verdugos, en las fábricas, en la vida cotidiana, en los campos de guerra. ¿Podrá salir de esta situación?

El futuro de la clase proletaria está en las manos de la propia clase proletaria.

Ninguna otra clase podrá jamás facilitarle la tarea de emanciparse del juego del trabajo asalariado. Del plusvalor y por lo tanto de la explotación del trabajo asalariado, todas las clases poseedoras existentes en la sociedad burguesa extraen sus privilegios y el motivo fundamental para defender con todos los medios la conservación de esta sociedad. Con la caída del poder burgués a causa de la victoria revolucionaria del proletariado, cada una de estas clases se precipitaría en la condición de sin reserva porque perdería, antes o después, la propiedad sobre los medios de producción y sobre la producción misma y cualquier posibilidad de acumular dinero o productos. La historia de la lucha entre las clases, y el ejemplo de la revolución victoriosa en Rusia, lo ha demostrado, ha hecho ver que las cosas serían de esta manera. Por ello, estas clases son histórica y necesariamente **antiproletarias**. Lo son de manera evidente y armada en el periodo revolucionario o bajo la dictadura abierta y declarada de la burguesía como en el fascismo; lo son de manera menos evidente y más insidiosa en el periodo de la expansión económica y de la democracia. Cuanto más difundida está la democracia, más posibilidades tienen las clases poseedoras de mistificar sus intereses y objetivos reales, induciendo al proletariado a no reconocer los antagonismos de clase que surgen de la misma realidad del modo de producción capitalista.

Dada la situación de fortísimo atraso en la cual se encuentra el proletariado, el occidental en particular, y su sumisión a la suerte que la competencia del mercado le reserva, es difícil imaginar cómo este mismo proletariado podrá retomar en sus manos su propio futuro cuando no es capaz de controlar ni siquiera su propio presente. Pero la historia de las clases está hecha por la historia de las generaciones; la historia del proletariado está hecha por las generaciones de proletarios que recorren el largo y arduo camino de la lucha de clase volviendo a comenzar desde el punto más bajo al cual le han relegado las derrotas. El engaño en el cual se ha precipitado el proletariado después de la derrota del asalto revolucionario de los años 1.917-1.927 es directamente proporcional al peligro de muerte que la clase burguesa internacional, en cuanto clase dominante sobre todo el planeta, sufrió en aquel decenio. Es cierto que el proletariado saldrá del engaño en el cual ha caído, como es cierto que la clase burguesa y su sociedad capitalista no durarán toda la eternidad.

[v. *Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y la posibilidad de salir de ella*, en **www.pcint.org]**

Desde el mundo del trabajo...

Al cierre de la escritura de esta edición, comenzaba **en Cádiz una huelga del sector del metal**. La huelga hoy, 10 de julio, ha concluido con la firma por parte de UGT de un convenio de traición absoluta. Las detenciones los días posteriores al fin de la huelga se cuentan por más de una veintena, con penas de prisión y fianzas desorbitadas.

Los trabajadores exigen el cumplimiento íntegro del convenio colectivo, ya que se continúa trabajando los fines de semana y se obliga a los trabajadores a hacer horas extras bajo amenaza de despidos. Además, buscan la regularización real del trabajador fijo discontinuo. Como es sabido, el modelo de contrato fijo discontinuo ha sido una de las dos grandes medidas impulsadas por el gobierno de coalición (la otra es la generalización de los ERTEs) y ha logrado mantener a los trabajadores que lo padecen en una especie de limbo laboral en el que ni están oficialmente en paro ni, por supuesto, tienen trabajo. Con ello la patronal ha conseguido disminuir la temporalidad, pero a costa de ningunear a los proletarios que deben someterse a las exigencias que las empresas les planteen en cada momento. Finalmente, los trabajadores exigen el fin de los impagos salariales ya que las empresas desde hace años tienen la costumbre de retrasar el abono de los sueldos en función de sus propias necesidades económicas, con lo que ello conlleva para los trabajadores y sus familias.

Esta huelga se suma, en Cádiz, a la reciente movilización por los juicios con que la patronal busca amedrentar a algunos de los trabajadores que se destacaron en la huelga del año pasado. Hay que recordar que, durante el conflicto, la irrompible alianza entre empresarios, policías y jueces, logró una condena de un año de prisión contra un trabajador al que detuvieron en un piquete.

La bahía de Cádiz, con un sector naval y metalúrgico muy importante tanto por número de empleados como por el moderno sistema de organización industrial y laboral (subcontratas, predominio absoluto del contrato fijo discontinuo para empresas auxiliares, etc.) es un polvorín que siempre parece a punto de estallar. Durante décadas el desempleo ha crecido constantemente, creando una inmensa masa de trabajadores en paro o sub empleados con los que la patronal presiona a los trabajadores empleados para que acepten condiciones de trabajo cada vez peores. Todo ello dio lugar, en 2021, a una fortísima huelga de los trabajadores de empresas auxiliares del metal que, durante varios días, impusieron un paro salvaje que aunó la solidaridad de buena parte de los proletarios de la ciudad, dando lugar a escenas como la de la célebre tanqueta policial que entró disparando salvas a las ventanas en la barriada obrera de San Pedro.

Por lo pronto y en previsión de otra huelga dura, la delegada del gobierno PSOE-SUMAR en Cádiz ya ha avisado que reforzará el número de policías en la calle para garantizar el «derecho al trabajo» y a la «libre circulación»

En el mes de junio, el **metal de Cantabria** vivió una huelga de la que los medios de comunicación se hicieron eco por las efectistas protestas que protagonizaron los trabajadores (quema de neumáticos, barricadas, etc.) La huelga duró tan sólo unos días y los sindicatos convocantes la dieron por terminada cuando lograron que la patronal cediese en los siguientes puntos:

-incremento salarial del 3,5% para 2025, y para los años 2026, 2027 y 2028 una mejora de 0,7 puntos sobre el IPC que resulte del año anterior.

-aumento de la base sobre la que se calcula la gratificación especial de vacaciones.

-incremento de un 5% en el plus de nocturnidad.

- equiparación el complemento por incapacidad temporal por accidente de trabajo y enfermedad profesional.

Como se ve se trata de unas mejoras relativamente pobres, visto que el incremento salarial ni siquiera llega a cubrir la pérdida de poder adquisitivo que se ha sufrido desde la firma del anterior convenio (2022). En aquel momento, las dos organizaciones sindicales convocantes (CC.OO. y UGT) ante la negativa de buena parte de los trabajadores a firmar un convenio por debajo de sus expectativas, tuvieron que recurrir a la presión de la propia ministra de trabajo Yolanda Díaz (entonces del PCE, ahora de SUMAR) para imponer sus exigencias y la paz laboral. Tanto lo sucedido entonces como lo visto este mes de junio muestran que, más allá de las protestas efectistas y las representaciones de falsa radicalidad sindical, es necesario romper con la fuerza que el colaboracionismo político y sindical tiene entre los proletarios y que es el principal aliado de la clase burguesa.

En Asturias la huelga de docentes ha sido derrotada por la acción combinada de la patronal (en este caso el Gobierno autonómico, en manos del PSOE y Convocatoria por Asturias (una coalición de Izquierda Unida, Más País y otros) y los sindicatos. Los trabajadores fueron a la huelga movidos tanto por las malas condiciones laborales que padecen habitualmente (interinidad prolongada, pérdida de poder adquisitivo, etc.) pero la chispa que hizo saltar el conflicto fue la supresión de la jornada reducida en junio y septiembre. Durante los días que ha durado la huelga, tanto el Gobierno autonómico como los sindicatos han hecho todo lo posible por reducirla, quitarle visibilidad y abocarla a un cierre en falso. Los defensores de la «educación pública» que utilizan esta consigna como manera de captar votos allí donde gobierna el PP, aplican exactamente las mismas políticas que los gobiernos de la derecha, pero se ensa-

(sigue en pág. 19)

LAS REIVINDICACIONES DE CLASE SON LA BASE DE LA ORGANIZACIÓN INDEPENDIENTE DEL PROLETARIADO

- ¡Aumentos de salario para todos los trabajadores, más altos para los peor pagados!
- ¡Salario de trabajo o de desempleo!
- ¡Disminución drástica de la jornada laboral para todos los trabajadores en cualquier categoría, de cualquier sector y cualquier fábrica!
- ¡No a la competencia entre proletarios nativos y extranjeros!
- ¡No a la ley de extranjería! ¡No a las expulsiones!

-Contra todas las nocividades en el ambiente de trabajo.
-Contra el incremento de las tareas y de los ritmos laborales.
-Contra toda forma de colaboración interclasista entre proletarios y patronos, entre explotados y explotadores.
-Contra todo abuso y discriminación por razón de edad, sexo o nacionalidad.

- ¡Por la solidaridad de clase entre todos los proletarios!

-Por el renacimiento de los organismos proletarios de lucha independiente de los aparatos y de las prácticas del colaboracionismo interclasista.
-Por la defensa y las condiciones de vida, de trabajo y de lucha del proletariado fuera de todo burocratismo y corporativismo.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid.
Para Italia : Ed. Int., Vía Comasina 81, 20161 Milano.
Para Francia : Programme, 15 Cours du Palais, 07000 Privas.
Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Francia.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org